La vida por venir
Dos obras de teatro

Víctor Manuel Córdova Pereyra

Editores
UACH

La vida por venir

Dos obras de teatro

Universidad Autónoma de Chihuahua

M.D. Luis Alfonso Rivera Campos
Rector

M.E. Georgina Alejandra Bujanda Ríos
Secretaria General

Dra. Ruth del Carmen Grajeda González
Directora de Extensión y Difusión Cultural

Lic. Alberto Eloy Espino Dickens
Director Administrativo

M.A. Martha Lorena Mier Calderón
Directora Académica

M.E. Luis Carlos Hinojos Gallardo
Director de Investigación y Posgrado

M.A. Marcela Herrera Sandoval
Directora de Planeación y Desarrollo Institucional

SPAUACH

Sindicato del Personal Académico de la Universidad Autónoma de Chihuahua

M.F. Rubén Torres Medina
Secretario General

M.S.I. Edgar Rascón Núñez
Secretario de Organización

M.C. Tomás Uziel Salas Hernández
Secretario de Asuntos Académicos

Víctor Manuel Córdova Pereyra

La vida por venir

Dos obras de teatro

109
Colección Flor de Arena
Universidad Autónoma de Chihuahua
Chihuahua, México, 2023

Primera edición, 2023

Víctor Manuel Córdova Pereyra
La vida por venir. Dos obras de teatro
México: Universidad Autónoma de Chihuahua: Sindicato del Personal Académico de la UACH, 2023
120 p. (Colección Flor de Arena 109)
ISBN digital: 978-607-536-179-6

---

1. Teatro

Edición: Dirección de Extensión y Difusión Cultural
Directora: Ruth del Carmen Grajeda González
Jefe editorial: Ramón Alberto Rangel Flores
Producción: Susana Cristina Perea Ochoa
Diseño editorial: Priscila Licón Flores
Diseño de portada: Ángel Javier Machado Favela
Pintura en portada: Adán Sáenz

Obra seleccionada en los términos del "Concurso para publicar textos de docencia y consulta", auspiciados por la Universidad Autónoma de Chihuahua y por el Sindicato de Personal Académico de la UACH.

Prohibida la reproducción o transmisión total o parcial del contenido de esta obra por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, en cualquier forma, sin permiso previo por escrito del autor y de la Universidad Autónoma de Chihuahua.

Derechos reservados para esta primera edición, 2023
© Víctor Manuel Córdova Pereyra
© Sindicato del Personal Académico de la UACH
© Universidad Autónoma de Chihuahua
Campus Universitario I s/núm.
Chihuahua, Chih., México. CP 31178
Correo: editoria@uach.mx
Tel. (614) 439-1853
ISBN digital: 978-607-536-179-6

A Lucía, la Diosa Midra, que me ayuda a
reinventarme con el tacto de su presencia.

A David Armando; porque laten en mí el
niño que fue y el hombre que ha llegado a ser,
como un abrazo de la vida.

A Adán Sáenz, con mi admiración y gratitud
por la imagen de su obra para esta edición.
¡Qué honor!

Se equivocó la paloma
–La vida por venir–

Pieza teatral en dos actos.

Personajes:

Anchondo

Aída

Julián

Don Servando Fierro

Licenciado Bernardo Müller

Capitán García Leyva

A Jorge Alan, con toda mi gratitud por tantos
años de sincera amistad y apoyo leal.

A mi maestro y amigo Tomás Chacón; con mis deseos
de que la vida le retribuya todo el bien que ha hecho.

ACTO PRIMERO

Recámara de Aída y Anchondo. Ventana con vista al jardín, que sólo los personajes ven.

Aída: ¿Amanece?

Anchondo: Amanece.

Aída: ¿Otra vez?

Anchondo: Otra vez.

Aída: Dios se apiade de nosotros.

Anchondo: Quizá cuando se acuerde...

Aída: ¿Todavía está ahí?

Anchondo: Está... Sí, todavía.

Aída: No me gusta, no me gusta… No.

Anchondo: No es fea; si te fijas bien…

Aída: ¿Por qué habrá venido hasta la casa? ¡Es un ave de mal agüero! Eso se nota enseguida.

Anchondo: ¿Te has fijado cómo nos observa? No parpadea siquiera.

Aída: Pensé que se iría durante la noche.... Tenía la esperanza.

Anchondo: No se movió en toda la noche; ni siquiera parpadeó.

Aída: ¿Cómo lo sabes? ¿Te has pasado la noche en vela?

Anchondo: Me he pasado mucho tiempo velando. Una noche es sólo eso: Una noche.

Aída: ¿No tenías sueño?

Anchondo: No.

Aída: ¿Lo tienes ahora?

Anchondo: No.

Aída: ¡En cambio yo...! He dormido como una piedra y aún me siento agotada, sin ganas de levantarme…

Anchondo: Mientras dormías suspirabas entre sollozos.

Aída: ¿Me escuchaste?

Anchondo: No había necesidad de ello. Siempre lo haces. Algún día podré dormir como tú, algún día no estaré más y tú seguirás suspirando y sollozando mientras duermas, sin que necesariamente yo te escuche hacerlo.

Aída: ¿Por qué estás tan seguro?

Anchondo: Es un razonamiento inductivo.

Aída: Anoche tuve un sueño. Soñé con él, con Julián. Estaba en el jardín, junto a los rosales; justo donde se encuentra ahora ese animalejo del demonio... Y me miraba a través de la ventana, lo hacía en silencio. Luego me habló, me habló con esa voz dulce y tierna que él tenía cuando me sabía triste: "¿Qué tienes?" –Me preguntó–. Pero no pude responderle nada. Quizá porque no tengo nada, quizá porque no sé qué es lo que tengo.

Anchondo: Tú tienes muchas cosas, Aída; más de las que podemos tener.

Aída: ¿Por qué lo dices?

Anchondo: Tenías la esperanza de que se fuera. Tienes sueño y ganas de seguir durmiendo. Tuviste un sueño anoche. Tienes muchas cosas, o por lo menos las has tenido.

Aída: ¿Eso es malo?

Anchondo: No lo sé. A estas alturas cuesta mucho diferenciar lo bueno de lo malo. No se trata de un problema axiológico.

Aída: ¿Entonces?

Anchondo: Es indebido.

Aída: ¿No es lo mismo?

Anchondo: Sólo en apariencia, no en contenido.

Aída: Son las apariencias los únicos contenidos de nuestras vidas.

Anchondo: Eso es algo para discutirse.

Aída: ¿Cuándo?

Anchondo: Cuando estemos de humor para ello.

Aída: ¿Cuándo?

Anchondo: Algún día, quizás.

Aída: Mira cómo nos observa. ¡Ve! ¡Vela ahora! Maldito animal. ¿Por qué habrá venido a pararse justo frente a nuestra ventana?

Anchondo: Puedes cerrar los postigos.

Aída: Eso no importa. Ella seguirá ahí.

Anchondo: ¿Por qué estás tan segura de ello?

Aída: Es un razonamiento inductivo.

Anchondo: Insistes en pretender tener algo.

Aída: ¿Cómo?

Anchondo: Ahora tienes miedo. Lo sé. Lo siento en el temblor de tus huesos y en el olor que despide tu cabello.

Aída: Me conoces bien, Anchondo.

Anchondo: Eso es sólo una deducción.

Aída: ¿Tú no lo tienes, Anchondo? Es decir, ¿no puedes sentir el miedo? ¿La alegría? ¿El calor? ¿El frío? ¡La vida!

Anchondo: No lo sé. Creo que no lo recuerdo.

Aída: ¿Cuánto tiempo hace que se nos escapó? ¿Hace cuántos años que entramos a este cementerio, a esta fosa de cuatro paredes?

Anchondo: Siempre hemos vivido aquí.

Aída: No. Solíamos vivir aquí. ¡Vivir! ¡Pero hace tanto tiempo de eso!

Anchondo: ¿Te fijaste?

Aída: ¡Se va!

Anchondo: ¡No! Sólo aleteó. ¡Pobre! Ha de estar entumida. No hay nada peor que permanecer inmóvil tanto tiempo.

Aída: Pero, ¿por qué? ¿Por qué no se va? ¿Qué es lo que quiere de nosotros? ¿Qué es lo que busca aquí? ¡Maldita sea!

Anchondo: (*Cerrando los postigos de la ventana*). Tranquilízate. Ya está.

Aída: Ahora tendremos una habitación en penumbras para siempre.

Anchondo: No exageres. Ya se irá de aquí. No tenemos tanta suerte como para recibir el consuelo de ver a un forastero padecer nuestra fortuna.

Aída: Tu optimismo de hoy no puede contagiarme. Esa avesucha me turba... es un mal presagio, lo siento en el pecho.

Anchondo: Ya se irá.

Aída: ¿Y tú?

Anchondo: Ya volveré.

Aída: No deberías ir a trabajar en esas condiciones. Debiste dormir anoche.

Anchondo: Tomaré café.

Aída: ¿Te preparo uno?

Anchondo: No. Lo tomaré en la oficina.

Aída: Lo tomarás en la oficina.

Anchondo: (*Irónico*). El café de las oficinas oficiales es un bálsamo bendito. Tiene un sabor a tiempo estancado, sabe a horas y horas de monotonía sustentada por el erario.

Anchondo sale. Entra Julián por el lado opuesto al que salió aquél.

Aída: (*Viendo hacia la ventana*). Es un mal presagio. Lo siento en el pecho.

Julián: No tienes de qué preocuparte, madre.

Aída: Lo siento en el pecho; me lo dice el corazón.

Julián: Pero no es una mala corazonada. Es el palpitar de la esperanza. A todos nos retumba en el pecho. Es la libertad que nace, madre. ¡Vamos a hacer parir entre todos un nuevo mundo de las entrañas de esta tierra!

Aída: Quisiera compartir tu júbilo, hijo. Pero hay frutos que los surcos de una piel poco fértil ya, no se permiten dar. La osadía es un arma que sólo los jóvenes esgrimen de manera febril. Prestos y presurosos se lanzan sobre nuevas empresas del mismo modo en que el ratón indefenso corre hacia la ratonera atraído por el olor del queso.

Julián: ¿Qué dices, madre? No nos mueve la utopía, nos mueve la verdad… La verdad, la justicia.

Aída: Tu padre está preocupado...

Julián: (*Decepcionado*). Mi padre no entiende nada. Si no se trata del horizonte que hay en la punta de su nariz, no tiene nada que pueda interesar…

Aída: ¡Julián! ¡No hables así de él! ¿Qué es lo que hay en tu pecho, ingrato?

Julián: ¡Esperanzas! Esperanzas en flor. Nacientes y bellas. ¡Siéntelo!

Aída: ¡Hijo!

Julián: ¿Lo sientes? De nuestros pechos brotan mares enteros de flores nuevas, flores blancas que limpiarán el aire con su aroma, sembrando nuevas y verdaderas esperanzas.

Aída: (*Para sí misma*). Ojalá tuviera yo una de esas esperanzas para mí.

Julián: Como dice nuestro himno del movimiento (*recitando*): Como un torbellino tornaremos;/como un torrente de vida nueva habremos de volver/y, en albo vuelo, anegaremos el mundo con pétalos de flores blancas,/flores blancas de la verdad, de la justicia/deshojadas de nuestros jóvenes pechos con ilusiones en flor./No vivirá el verdugo más que el justo…

Julián comienza a alejarse sin abandonar completamente la escena.

Aída: (*Mientras Julián se aleja*). Y así te fuiste, ingrato mío; sin la esperanza de que jamás volvieses; de que tu causa, "justa" y "buena", arrojara sobre nosotros ese torbellino de bonanza que la llama de tus ojos prometía.

Julián: ¡Míralas, madre! ¡Siéntelas! Son blancas y nuevas esperanzas. Ya su aroma está flotando en el aire; se respira... No vivirá el verdugo más que el justo…

Ruido de detonaciones. Julián se contorsiona, se queja. Luego queda inmóvil.

Aída: Julián… ¿Julián? ¡Julián! (*Breve pausa*) Y las flores blancas que anunciabas con fervor, dieron paso a un manantial carmesí… Rosas rojas brotaban como arroyuelo sin cauce de tu joven pecho violentado con saña. Capullos encarnados que nunca vi germinar, y que, en cambio, se marchitaron hasta secarse y convertirse en una oscura mancha, percudida en la memoria.

Julián: (*Desde el lugar donde se encuentra con voz lastimera*). Como un torbellino habremos de tornar. Como un torrente de vida nueva habremos de volver, y en albo vuelo anegaremos este mundo de nuevas esperanzas que brotarán de nuestros jóvenes pechos con ilusiones en flor. No vivirá el verdugo más que el justo…

Aída: ¿Dónde? ¿Dónde estás, Julián? ¿Dónde tu voz? ¿Dónde tus ojos, tu mirada? ¿Dónde tus brazos? ¿Dónde tu fuerza, tu delicadeza? ¿Dónde terminan las huellas de tus pasos? ¿Dónde se escucha ahora el eco de tus consignas? ¿Dónde estás, Julián? ¿Dónde están tus esperanzas? ¿Dónde esperaré tu regreso, Julián? ¿Julián? ¿Julián? ¿Julián...?

Julián: Allá está mi cabeza, allá está uno de mis brazos… Más allá una mano, una oreja, quizás… Aquí mis piernas… Aquí, allá, en todas partes estoy, estamos. Sembramos de dolor, en partes, el suelo del país… Me hallarás acá y allá… en las nuevas consignas, y en las consignas de siempre. En la pinta de una barda encontrarás mi nombre escrito con la ira y el dolor de mi ausencia… No vivirá el verdugo más que el justo… Esperanzas como flores brotarán de esta tierra sembrada de restos, regada de despojos… Esperanzas como flores, esperanzas como restos, esperanzas como anhelos…

Aída: (*Para sí misma. Con acritud*). Ojalá yo tuviera esa esperanza.

Julián: Cuando la espera se vive a través del anhelo, entonces la espera es también esperanza.

Aída: Aquí viven las horas, acumuladas entre silencios prolongados y densos recuerdos, grises y dolorosos recuerdos.

Julián: La memoria será el nicho que nos salve, incluso, de la muerte.

Aída: Te posas en mí, más allá de tu muerte, como un recuerdo que habita entre las horas de esta casa. Y eres entonces el punzar que nunca cesa, el amor interminable y doloroso.

Julián: Mírame ahora coronar la noche, como un anhelo, como una evocación incontenible e inevitable.

Aída: Acaricio los restos de tu presencia inexistente; tres camisas, tus libros, tu sonrisa y tu

mirada fijadas en el plano de una fotografía; el eco de tus palabras trastocado en murmullos que se desprenden de las paredes.

Julián: Mírame ahora deambular en el espacio del recuerdo, en el tiempo del dolor que nace con la ausencia.

Aída: Te busco aún en esta casa y más allá de ella. En las plazas grito tu nombre… "¿Quién lo ha visto?" "¿Dónde está?"… Ando tras las huellas de tus pasos, tras el rastro de tus consignas, una calle tras otra, una pregunta tras otra. Y en esas oficinas donde la espera es el trámite del trámite para el trámite siguiente, tu ausencia se acumula en papeles, en datos, en fechas…

Julián: Mírame ahora; aquí estoy yo, donde está mi recuerdo, donde está la espera, donde está la esperanza. Mírame ahora, y volveré; en tu mirada nacerá también mi regreso.

Aída avanza hacia la ventana y abre los postigos.

Aída: ¿Julián? ¡Julián! ¡Eras tú! (*Con sorpresa*). ¡Eres tú! ¡Has vuelto, reencarnado en esperanza alada, tal y como lo prometiste! ¡Eres tú quien retorna al nido! Al regazo abandonado por arrebatos de ilusiones. Eres tú quien ha velado nuestro sueño todas estas noches. ¡Por eso me inquietabas tanto! ¡Has vuelto repentinamente, del mismo modo que te fuiste! (*Cae la noche*). ¿Cómo imaginar que estarías aquí de nuevo? ¿Que vol-

verías? ¿Cómo saber que velarías nuestros sueños? ¿Cómo?

Entra Anchondo.

Anchondo: ¿Con quién hablas?

Aída: Con nadie. ¡Hablo sola! Manías de vieja. (*Breve pausa*) ¿Cómo te fue?

Anchondo: Hace años que no me hacías esa pregunta. ¿Te sientes bien?

Aída: Ayer también te la hice.

Anchondo: ¿Ah, sí? No lo recuerdo.

Aída: Enseguida te sirvo la cena.

Anchondo: (*Volteando hacia la ventana*). ¿Todavía está ahí?

Aída: La cena siempre está donde debe estar.

Anchondo: Me refiero a la paloma. ¿No se ha ido aún?

Aída: ¡Ah! No. Todavía está ahí.

Anchondo: Querrá anidar aquí. ¡Qué extraño!

Aída: Las aves suelen anidar en jardines y exteriores. No tiene nada de extraño; es su hábitat. Creo que los dos lo habíamos olvidado.

Anchondo: ¿Tú abriste la ventana?

Aída: Hace algunos días la abrió el viento. ¿No lo recuerdas?

Anchondo: Estaba en el trabajo, ¿cómo habría de recordarlo?

Aída: Yo te lo conté.

Anchondo: Entonces lo olvidé.

Aída: (*Transición*). También te hablé de él, de Julián.

Anchondo: ¡No quiero recordar!

Aída: En el jardín, en ese árbol… No vivirá el verdugo más que el justo…

Anchondo: Esa reacción impredecible no tiene explicación inductiva o deductiva.

Aída: ¡No la cierres! ¡Déjala así! Por favor.

Anchondo: No.

Aída: En el jardín, en ese árbol… No vivirá el verdugo más que el justo…

Anchondo: Es absurdo.

Aída: (*Implorando*). No vivirá el verdugo más que el justo…

Anchondo: Los muertos no vuelven.

Aída: Probablemente jamás se han ido.

Anchondo: Qué cosas dices…

Aída: ¡Que la abras, te digo!

Anchondo: Pensé que no querías a ese animalejo aquí.

Aída: ¡No le digas así!

Anchondo: ¡Fuiste tú quien la llamó de esa forma!

Aída: ¡Eso fue ayer!

Anchondo: ¿Y qué diferencia hay? Todos los días son iguales.

Aída: Eran. Ya no lo son. Ya no le serán nunca más.

Anchondo: Tonterías.

Aída: (*Sentenciosa, con dolo*). La conciencia no es un fuego pequeño que se apague con un débil soplo de fingida indiferencia...

Anchondo: (*Continuando con la idea que inició Aída en el texto anterior, profundamente amargo*). ...Y arde. ¡Arde! ¡Hasta calcinarnos en remordimientos!

En otro extremo del escenario aparece Don Servando Fierro.

Don Servando: (*Serio, a un personaje imaginario*). Señorita, dígale por favor al señor Anchondo que deseo verle de inmediato en mi oficina; ¡es urgente!

Anchondo se dirige hacia el extremo del escenario donde se encuentra Don Servando; conforme abandona el área del escenario donde se encontraba, ésta se oscurece hasta desaparecer. Aída sale de escena.

Anchondo: Buenos días.

Don Servando: Ah, Anchondo. Pase. Pase y tome asiento, por favor.

Anchondo: Gracias, don Servando.

Don Servando: No. No me agradezca nada aún. El asunto por el cual le he mandado a hablar es sumamente delicado.

Anchondo: Usted dirá, señor Fierro.

Don Servando: Supongo que sabrá de qué se trata.

Anchondo: No. Verdaderamente lo ignoro.

Don Servando: Como usted sabe bien, estamos atravesando momentos particularmente complicados. Diríamos, incluso, delicados.

Anchondo: Absolutamente de acuerdo, don Servando.

Don Servando: Nos ha costado mucho tiempo, y mucha sangre también, ordenar todo aquello que, para ser ordenado, requiere de sacrificios. Decisiones que duelen pero que, sin lugar a dudas, tenían que tomarse.

Anchondo: Totalmente de acuerdo, Señor Fierro.

Don Servando: Mire usted, Anchondo, para estar totalmente de acuerdo con algo, es… Mmmm, diga-

mos, necesario tener el control y el conocimiento de lo que nos corresponde conocer y controlar. ¿Está usted totalmente de acuerdo hasta ahí?

Anchondo: Bueno... yo, pues...

Don Servando: Sin titubear, Anchondo. Sin titubear. ¿Lo está o no lo está? Sí o no; así de simple.

Anchondo: Yo... bueno... Pues creo que...

Don Servando: ¿Cree? ¡Cree! ¿De modo que usted cree? ¿Y qué es lo que usted cree, Anchondo?

Anchondo: Que... que no lo sé...

Don Servando: Todos tenemos creencias, Anchondo. Eso no debe apenarnos. Tenemos creencias, certezas, dudas. Pero, por encima de todas esas cosas, tenemos también obligaciones.

Anchondo: (*Desconcertado*). Los informes de la semana pasada están en el expediente que solicitó.

Don Servando: No me estoy refiriendo a eso, Anchondo.

Anchondo: La propuesta del reglamento ha sido revisada y sólo espera el visto bueno de...

Don Servando: El reglamento nuevo acaba de ser aprobado, Anchondo.

Anchondo: ¿Aprobado? ¿Cuándo…?

Don Servando: Necesito que me deje acabar de expresarme. Tampoco ha sido por el reglamento que le he mandado a hablar. Necesito comentarle algo muy importante y delicado.

Anchondo: Me parece que no entiendo, señor.

Don Servando: Ése es precisamente el problema, Anchondo. Hay algunas cosas que usted no entiende. Pero, ¿por qué hay cosas que usted no

entiende? Sencillo; porque, por lo visto, según puedo interpretar de su azoro, hay cosas que usted no sabe.

Anchondo: Seguramente así es, don Servando.

Don Servando: Por ejemplo, ¿podría decirme dónde se encuentra su hijo?

Anchondo: ¿Mi hijo?

Don Servando: Sí. Su hijo.

Anchondo: Bueno, pues...

Don Servando: Me han hablado de él, Anchondo.

Anchondo: ¿Qué sucede? ¿Qué pasa con él?

Don Servando: ¿Está usted enterado de que está involucrado con los manifestantes que hicieron la toma simbólica de la embajada…? Supongo que sí.

Anchondo: Pero… Eso, eso…

Don Servando: Tranquilícese. No se altere, por favor. Necesito que atienda.

Anchondo: Mi hijo, don Servando, es una persona muy respetuosa.

Don Servando: No lo dudo. Sin embargo, se puede ser respetuoso y aun así estar… confundido.

Anchondo: No estoy seguro de estar entendiendo…

Don Servando: Como usted mismo puede darse cuenta, este caso es en extremo delicado; lo de la embajada, quiero decir…

Anchondo: ¿Hay alguna acusación formal?

Don Servando: Hay un informe completo en un expediente abierto sobre el caso.

Anchondo: ¿Informe? ¿Expediente…? ¿El caso? ¿Qué caso? Eh… ¿Hay un expediente sobre Julián, aquí…?

Don Servando: Todos estamos preocupados, Anchondo. De pronto nos hemos despertado con un mundo cada vez más difícil de entender. Pero estamos haciendo todo lo que nos corresponde. A todos nos asusta, nos duele y nos enoja lo que pasa. Estamos en guerra, Anchondo.

Anchondo: ¿En guerra?

Don Servando: En plena guerra. Primero las bajas de ambos lados. Luego la crueldad, los avisos y las amenazas pintadas con sangre en los puentes, en las bardas. Más tarde los mensajes en cuerpos arrojados como basura; también las cabezas colocadas en estacas o arrojadas en las calles, los cadáveres colgados de puentes y arbotantes… En plena guerra.

Anchondo: ¿Pero quién nos arrojó a esta locura?

Don Servando: La locura siempre ha estado ahí, Anchondo; estamos haciendo lo que nos corresponde. No vamos a cruzarnos de brazos ante quien nos dispara.

Anchondo: Lo que hay es un fuego cruzado…

Don Servando: Por esa razón urge tomar un bando y no quedarse en medio.

Anchondo: Disculpe, señor, pero sigo sin entender cómo eso se relaciona con mi hijo y por qué él está siendo señalado…

Don Servando: En toda guerra se necesitan alianzas. Es cuestión de estrategias. Yo prefiero a los poderosos de mi lado que en mi contra, más en condiciones como estas. Y si esos poderosos nos van ayudar a ganar…

Anchondo: ¿A costa de lo que sea…?

Don Servando: De lo que sea, Anchondo; ¡de lo que sea! No hay que tener reparos, ni hay que tener miedo. No son tiempos para dudar. Y tampoco son tiempos para elegir el bando equivocado. ¿Sabe que si la embajada no se hubiera tomado ese "ataque" simbólico como una ocurrencia de izquierdistas trasnochados hubiéramos tenido un problema mayor? Sin el apoyo que nos representan nuestras buenas relaciones internacionales esta guerra puede ponerse peor de lo que ya está. *(Anchondo le dirige una mirada de desconcierto)* Claro que sí, peor. Aunque me vea usted así. No son tiempos para dudar ni son tiempos para equivocar los bandos.

Breve pausa.

Don Servando: ¿Cuál es su carrera, Anchondo?

Anchondo: ¿Carrera?

Don Servando: Sí, estudios. ¿Qué estudia su hijo?

Anchondo: Ah, vaya, eso. Química. Es pasante de ciencias químicas…

Don Servando: ¿Química? Oh. No he revisado yo todo su expediente, lo confieso. Tenía la impresión de que estudiaba literatura o algo similar... No lo sé, filosofía, antropología, quizás… O arte… En fin… También en la literatura es recomendable saber elegir bandos, ¿lo sabía usted?

Anchondo: ¿Bandos? No, bueno, no lo sabía…

Don Servando: ¿Ha leído a los trágicos griegos?

Anchondo: (*Con desconcierto*). Sí, en alguna ocasión, hace muchos años, cuando era estudiante...

Don Servando: ¿A quién prefiere usted? ¿Sófocles o Esquilo?

Anchondo: Bueno, yo… sinceramente, mmm… Creo que recuerdo a Eurípides, don Servando.

Don Servando: Eurípides... Incisivo y audaz, sin duda alguna. Duro, definitivamente muy duro. Algo pesimista e irreverente para mi gusto. ¿Sabía usted que él era ateo?

Anchondo: No. Lo ignoraba.

Don Servando: Aunque no por eso, yo prefiero a Esquilo. Me parece exultante. ¡Un poeta altamente moral! La verdadera moral, Anchondo se funda desde el carácter. Yo lo entendí, por primera vez, en Esquilo. Y el carácter se forma al tomar decisiones difíciles.

Anchondo: Y si las decisiones están equivocadas, habrá que afrontar, entonces, los hechos.

Don Servando: Tengo una mañana ocupada, Anchondo; hable con su hijo, por favor. Sería una pena que se viera envuelto en situaciones que, bueno, no fueran… favorables para él...

Anchondo: (*Amargo, resignado*). Sí, lo haré.

En otro extremo del escenario, que se ilumina de nuevo, aparece Aída.

Aída: Ven a cenar, Anchondo.

Don Servando: Ande, vaya a su casa y arregle este pequeño incidente antes de que se convierta en algo más grave e irreparable. Ande, ande. Vaya. Vaya.

Anchondo avanza despacio hacia Aída, mientras que el lugar donde se halla Don Servando Fierro se oscu-

rece lentamente hasta desaparecer y éste abandona la escena. Anchondo está visiblemente abatido al llegar al lado de Aída.

Anchondo: La conciencia no es fuego incipiente que se apague con débil soplo de fingida indiferencia... y arde.

Aída: La cena está lista.

Anchondo: ¿Cómo?

Aída: Que vengas a cenar.

Anchondo: No tengo hambre.

Julián aparece en otra área del escenario.

Aída: Entonces vamos a dormir.

Julián: *(A Anchondo).* Si te deja tu conciencia.

Anchondo: (*Que es el único que escuchó la voz de Julián, ligeramente turbado*). No tengo sueño.

Aída: Anoche velaste.

Julián: *(A Anchondo).* Y seguirás así por siempre.

Anchondo: (*A Aída, todavía afectado por la voz de Julián*). No importa.

Julián: *(A Anchondo).* Porque yo no voy a dejarte dormir, y tú lo sabes. Lo sabes muy bien.

Aída: (*Viendo a través de la ventana hacia el jardín*). Vamos. Mañana será otro día… Mañana…

Julián: *(Sorprendido, con la impresión de que algo recuerda de golpe)*. ¡Mañana...! Mañana...

Anchondo se aleja de Aída con rapidez y se acerca a Julián.

Julián: (*Transición*). Mañana, ese mañana es el que nos importa, y no vamos a dejar que nos lo arrebaten…

Anchondo: (*A Julián, alterado*). Tienes que darte cuenta, con ellos no se juega, entiéndelo.

Julián: Yo no estoy jugando, ninguno de nosotros está jugando. Nos tomamos esto demasiado en serio, créeme.

Anchondo: Julián, por favor. Piensa en tu madre, en nosotros.

Julián: Por favor, papá.

Anchondo: Tienen un expediente tuyo, date cuenta, ¡un expediente tuyo!

Julián: ¿Y tú crees que eso me extraña?

Anchondo: Quiero que te asuste, no que te extrañe.

Julián: Por supuesto que a veces sentimos miedo, pero entiende, todo esto es porque ese miedo no se nos vuelva a todos algo permanente, porque ese miedo no se vuelva lo más normal del mundo, porque ese miedo no sea una opción en la vida por venir…

Anchondo: "A veces sentimos miedo". Entiende, los conozco muy bien, no tienes idea de a quiénes están haciendo enojar.

Julián: ¡Que se enojen! Y que sepan entonces que no todos vamos a esconder la cabeza, que no todos vamos, por miedo o por lo que sea, a aceptar y a tolerar su estúpida e hipócrita guerra, con la que se reparten el poder, el botín, las armas, mientras nosotros nos quedamos en la línea del daño colateral, recibiendo las balas, las amenazas, las extorsiones, y alimentándonos de un miedo que nos mata más que cualquier otra cosa; mientras a nosotros nos mutilan y nos vuelven sólo

restos, apenas rastros de lo que alguna vez fuimos…

Anchondo: Julián, entiende, conozco mejor que tú ese infierno, he estado en sus sótanos, he visto a muchos quebrarse de dolor atados a una silla mientras los muelen a golpes y otras cosas, hasta convertirse en un alarido encarnado… Julián, no quiero eso para ti, hijo, por favor, no…

Julián: (*Ignorándolo, haciendo foco a otro lado, alejandose de Anchondo).* ¡No vivirá el verdugo más que el justo!

Anchondo: *(Rogándole).* Julián, Julián, hijo...

Julián: *(Mientras se aleja).* ¡No vivirá el verdugo más que el justo...!

Anchondo: Por favor...

Julián: *(Continúa alejándose).* ¡Queremos otra vida, otra vida está por venir...!

Anchondo regresa despacio al lado de Aída.

Anchondo: Por favor, no… Por favor, no… Por favor, no… Por favor… No…

Aída: Vamos, Anchondo; mañana será otro día… Mañana…

Anchondo: (*Con pesadumbre*). Sí. Mañana será otro día.

Julián: *(A Anchondo, sin ser percibido por Aída)* Y yo estaré ahí, como siempre; vigilando, velando contigo en la insomne soledad que entrañas.

Anchondo: Cierra la ventana. No quiero ver ese animalejo del demonio.

Julián: *(A Anchondo).* No será suficiente.

Aída: La noche está fresca, y es hermosa, ¿no te parece?

Anchondo: No.

Aída: (*Sin hacerle caso*). Hermosa.

Oscuro lento

Fin del primer acto.

ACTO SEGUNDO

Recámara de Aída y Anchondo. Amanecer.

Aída: ¡Amanece!

Anchondo: Amanece.

Aída: ¿No se ha ido?

Anchondo: Ni siquiera ha parpadeado.

Aída: ¡Gracias a Dios!

Anchondo: Optimista.

Aída: Has vuelto a pasar la noche en vela.

Anchondo: Has vuelto a sollozar y a suspirar dormida.

Aída: Es la emoción (*viendo hacia el jardín*). Volví a soñar con él. ¡Hablábamos! Hablábamos los dos de muchas cosas. Y él me miraba tierna y dulcemente. ¿Te has dado cuenta? (*Señalando al jardín, a través de la ventana*). Su mirada se parece a la de Julián. ¡Es tierna y dulce!

Anchondo: Estás distinta desde que llegó. Es de lo que me he dado cuenta.

Aída: Tú también.

Anchondo: Tú estás ilusionada.

Aída: Y tú manifiestas temor... miedo; me atrevería a decir. Unas veces angustia. Y hasta el rencor te prende con más brillo en los ojos. Si te esfuerzas un poco más pudiera llegar a parecer odio.

Anchondo: ¿Te divierte?

Aída: ¿No te das cuenta? ¡Ilusionarse! ¡Amar! ¡Odiar! ¡Temer! ¡Estamos vivos!

Anchondo: ¿Sirve de algo?

Aída: ¡Vivos!

Anchondo: Exagerada.

Aída: O, al menos, hay algo que aún está vivo dentro de nosotros. Aún nos queda algo.

Anchondo: Ilusa.

Aída: ¿No eras tú el que decía que nada podía haber peor que pasarse toda la vida inmóvil?

Anchondo: Corrijo: No hay nada peor que poder moverse después de pasar tanto tiempo en la inmovilidad absoluta... Es terriblemente angustiante.

Aída: ¡Escucha! Parece que nos habla desde el silencio de su mirada...

Anchondo: ... Es absurdo...

Aída: Es tierno.

Anchondo: ... Es ridículo...

Aída: Es dulce.

Anchondo: ... Es angustiante...

Aída: ¿Y si es la última ilusión que nos queda?

Anchondo: (*Para sí mismo*). Ridículamente absurdo y angustiante.

Aída: (*Para sí misma*). Que me queda.

Anchondo: (*Para sí mismo*). Angustiante, ridículo y absurdo.

Aída: (*Para sí misma*). ¡Cuánta luz nos llega desde el jardín!

Anchondo: (*Para sí mismo*). Absurdo, ridículo y angustiante.

Aída: ¿Siempre será igual? ¿Siempre habrá tenido tanta luz el jardín?

Anchondo: ¿Quieres una respuesta dada por el razonamiento inductivo o una formulada por la lógica de la deducción?

Aída: Tal vez esta ilusión sea como la luz que llega desde afuera... Tal vez siempre ha estado ahí, tratando de horadar la oscuridad en la que hemos estado sumidos. Y ahora, por fin, ha encendido su débil, pero benigna flama para alumbrar este rincón donde el mundo nos olvida.

Anchondo: Absurdamente ridículo.

Aída: Date cuenta, Anchondo. Después de todo, de tantas cosas que nos han pasado, nos llega un consuelo pequeño y cálido para los últimos días, las últimas noches. Un último consuelo… ¿Qué otra cosa mala, después de todo, podría pasarnos ahora? ¿Qué?

Don Servando Fierro aparece en otro extremo del escenario.

Don Servando: (*Hablando con un personaje imaginario*). Señorita; hágame el favor de decirle al señor Anchondo que lo espero en mi oficina, ¡me urge hablar con él!

Anchondo se dirige al área donde se encuentra Don Servando Fierro, mientras que el área donde se encuentra Aída se oscurece y ésta sale de escena.

Anchondo: Buenos días, señor.

Don Servando: Pase, pase usted, Anchondo... y cierre la puerta por favor, que el asunto es delicado.

Anchondo: Usted dirá, don Servando.

Don Servando: Anchondo, ¿cuánto tiempo hace que no venía usted a mi oficina, que no me había visto en la extrema necesidad de llamarle…? ¡En fin! Ahora lo he requerido nuevamente.

Anchondo: Estoy a sus órdenes, señor Fierro.

Don Servando: Dígame una cosa, Anchondo, ¿a su edad qué es a lo que usted puede aspirar, después de haber tenido el alto honor de haber trabajado para esta institución?

Anchondo: Bueno, pues... la jubilación, señor; si no me equivoco, claro está.

Don Servando: No. No se equivoca usted, Anchondo. Por eso mismo le he mandado a hablar.

Anchondo: ¿Perdón, señor? Es que no entiendo a qué se refiere usted, don Servando.

Don Servando: He estado pensando mucho en usted, Anchondo. Es de las pocas personas que yo conozco que tiene merecido pasar sus últimos años tranquilamente. La vida ha sido muy dura con usted.

Anchondo: (*Con ira contenida*). No ha sido la vida, propiamente. No la vida en abstracto. Sino los golpes que mi vida ha recibido por ciertas… situaciones… Por ciertas personas.

Don Servando: ¿Cómo se encuentra su esposa?

Anchondo: Bien…

Don Servando: Me da gusto.

Anchondo: "Bien" es sólo una expresión.

Don Servando: Entiendo. ¿Necesita algo?

Anchondo: Volver a palpar, parte por parte, su vida de antes… Verla reconstruirse, reconocerla, reconocerse en ella.

Don Servando: Sí, entiendo. Créame que lo siento.

Anchondo: Parte por parte; volver a la cordura… Cosas imposibles, al fin de cuentas.

Don Servando: ¿Cómo dice?

Anchondo: Cosas imposibles...

En otra área del escenario, Aída sola. El área de Anchondo y Don Servando Fierro se oscurece.

Aída: Cosas imposibles e impensables que se vuelven posibles cuando la rabia y el odio se hacen tormenta, y a fuerzas de golpes y desprecio nos borran, nos niegan, nos deshacen, nos fragmentan así, parte por parte. Parte por parte recogí lo que quedaba de ti… Parte por parte y ni siquiera la suerte de hallarte completo… Parte por parte volví a acercarte a mi regazo, para arrullar tu muerte en este mismo cuerpo que te dio su sangre, que te dio su leche, que te dio la vida… Esa vida que rompieron con la infinita saña del rencor más ciego, el más absurdo, el más cruel, el más estúpido… Parte por parte… Parte por parte me quedé plantada en el centro de esta tormenta de rabia recibiendo el dolor de tu muerte, el malestar interminable de tu caída, de tu cuerpo roto, mutilado… Parte por parte me caí también, me caí a pedazos, y tuve que levantarte así, estando rota yo también… Parte por parte y tuve que conformarme con un veredicto, con un dictamen final…

"Esto era su cráneo", tu cráneo; "Este era su brazo izquierdo", tu brazo… ¿Dónde están tus labios? Bésame… ¿Dónde están tus brazos? Abrázame… ¿Dónde tus ojos? Mírame… ¿Dónde has quedado tú? Este pedazo de ti es todo lo que tengo… Aquí hubo una vez una boca, aquí unos ojos, aquí tu cabello… Debajo había un cuerpo hermoso, con un cuello hermoso, unos hermosos brazos, piernas, un pecho inflamado de vida, de vida… Y ahora, esto es todo lo que me queda de ti, un fragmento donde hay una oquedad en la que alguna vez hubo dientes y hubo sonrisas y hubo una voz que me decía "Aquí estoy, madre. Siente en mi pecho latir una esperanza". Busco esa sonrisa y busco esa esperanza, inútilmente… Inútilmente… Y esta tormenta que no acaba, y esta rabia que crece, este dolor que crece y este grito ahogado que no acaba de salir… ¿Quién puede vivir cuerdamente entre tanta locura? ¿Quién? No hay paz, no hay cordura… Si no hay paz, que no haya cordura… No vivirá el verdugo más que el justo, no vivirá…

El área de Anchondo y Don Servando Fierro vuelve a iluminarse.

Anchondo: El diagnóstico final… Estrés postraumático, con episodios de demencia…

Aída: ¿Amanece? Amanece…

Anchondo: Con episodios de demencia y lapsos de pérdida de memoria…

Aída: ¿Otra vez?

Anchondo: Accesos de alucinaciones y distorsión de la realidad…

Aída: ¿Julián? ¡Julián! ¡Eras tú! ¡Eres tú! ¡Has vuelto, reencarnado en esperanza alada, tal y como lo prometiste! ¡Eres tú quien retorna al nido! Al regazo abandonado por arrebatos de ilusiones. Eres tú quien ha velado nuestro sueño todas estas noches ¡Por eso me inquietabas tanto! ¡Has vuelto repentinamente, del mismo modo que te fuiste! ¿Cómo imaginar que estarías aquí de nuevo? ¿Que volverías? ¿Cómo saber que velarías nuestros sueños…? ¿Cómo…?

Anchondo: Momentos de lucidez, entre esos accesos, pero distorsionados por una depresión crónica y una ansiedad repentina…

Aída: Anoche tuve un sueño. Soñé con él, con Julián. Estaba en el jardín, junto a los rosales; justo donde se encuentra ahora ese animalejo del demonio... Y me miraba a través de la ventana, lo hacía en silencio. Luego me habló, me habló con esa voz dulce y tierna que él tenía cuando me sabía triste: "¿Qué tienes?" –Me preguntó–. Pero no pude responderle nada. Quizá porque no tengo nada, quizá porque no sé qué es lo que tengo.

Anchondo: Nombres técnicos para el dolor…

Aída: Y así te fuiste, ingrato mío; sin la esperanza de que jamás volvieses...

Anchondo: Nombres técnicos de la medicina para la rabia, para la ira…

Aída: Te busco aún en esta casa y más allá de ella. En las plazas grito tu nombre… "¿Quién lo ha visto?" "¿Dónde está?"… Ando tras las huellas de tus pasos, tras el rastro de tus consignas, una calle tras otra, una pregunta tras otra. Y en esas oficinas donde la espera es el trámite del trámite para el trámite siguiente, ahí donde tu ausencia se acumula en papeles, en datos, en fechas…

Anchondo: Nombres técnicos para la tristeza…

Aída: Te posas en mí, más allá de tu muerte, como un recuerdo que habita entre las horas de esta casa. Y eres entonces el punzar que nunca cesa, el amor interminable y doloroso… Aquí viven las horas, acumuladas entre silencios prolongados y densos recuerdos, grises y dolorosos recuerdos…

Anchondo: Tristeza, dolor, ira, rencor, rabia, locura… ¿Qué más da cómo se le llame? ¿Qué más da…?

Aída: Y las flores blancas que anunciabas con fervor, dieron paso a un manantial carmesí. Rosas rojas brotaban como arroyuelo sin cauce de tu joven pecho violentado con saña. Capullos encarnados que nunca vi germinar, y que, en cambio, se marchitaron hasta secarse y convertirse en una oscura mancha, percudida en la memoria…

Anchondo: ¿Qué más da? Tristeza, dolor, ira, rencor, rabia, locura… ¿Qué más…?

Aída: ¿Dónde? ¿Dónde estás, Julián? ¿Dónde tu voz? ¿Dónde tus ojos, tu mirada? ¿Dónde tus brazos? ¿Dónde tu fuerza y tu delicadeza? ¿Dónde terminan las huellas de tus pasos? ¿Julián? ¿Julián…?

El área de Aída se oscurece y ésta sale de escena.

Anchondo: (*Para sí mismo*). ¿Dónde está la vida por venir…?

Don Servando: (*Incómodo*). Precisamente sobre su *porvenir* tiene que ver lo que ahora nos convoca… Sinceramente hemos pensado en ayudarlo.

Anchondo: Agradezco su interés, don Servando.

Don Servando: ¡Me alegro! ¡Me alegro mucho de ello, en verdad! Porque entonces le será en extremo fácil atender a mi petición perentoria que en calidad de autoridad le hago a usted.

Anchondo: ¿Petición... perentoria?

Don Servando: Hemos estado recibiendo visitas y recomendaciones, digamos urgentes, por parte de un organismo internacional cuyas valoraciones sobre nuestro desempeño pesan mucho en diferentes órdenes, incluso impactan en decisiones y estrategias que se toman y ejecutan en esferas más altas y a las cuales debemos atender, obviamente.

Anchondo: ¿Qué necesitan de mí, señor?

Don Servando: La Asamblea Mundial de los Derechos Civiles nos ha pedido dar seguimiento a casos como el de su hijo, Julián…

Anchondo: (*Ligeramente perturbado*). ¿Qué sucede?

Don Servando: Existe una impresión errónea con respecto a cómo hemos atendido a quienes, como usted y su mujer han tenido la desgracia de perder a alguien cercano por causas que los rebasan y que, sabemos bien, están relacionadas con la delincuencia agrupada en bandos bien estructurados. Entendemos que ante tanto ruido no haya sido posible hacer visibles los cambios verdaderos que han operado con respecto a las decisiones que hemos tomado; cambios drásticos, pero muy necesarios.

Anchondo: (*Para sí mismo*). Cuando se pasa la vida en un rincón no se concibe que el tiempo avance, menos aún que lleguen a cambiar las cosas.

Don Servando: Y ahora requerimos que, para poder ayudarlo a otorgarle, más rápido de lo que estaba previsto, su merecida jubilación, colabore con nosotros.

Anchondo: Mi colaboración, don Servando, siempre ha estado ahí, cuando la necesitan.

Don Servando: Eso es muy bueno, de verdad. Como usted sabe, estamos en el momento de una coyuntura fundamental, donde debido a las nuevas políticas laborales, políticas con un verdadero sentido de competitividad, se ha tomado una decisión que nos beneficia ampliamente a todos, pero que dada su situación personal, Anchondo, quizás para usted pudieran resultar un tanto inconvenientes.

Anchondo: Me inquieta, don Servando.

Don Servando: Se está implementado en esta dependencia una solución que nos permitirá saber quiénes son los que ameriten alcanzar, en calidad de incentivo, todos aquellos fueros que anteriormente eran entregados de forma desobligada e irresponsable a las personas que trabajan en las instituciones. Los tiempos no están para semejantes despilfarros paternalistas. En otras palabras, Anchondo, sólo algunos elegidos, gracias a su desempeño competitivo, recibirán como incentivo los bonos de su jubilación.

Anchondo: ¿Y yo...?

Don Servando: Yo quiero protegerlo a usted, especial y personalmente a usted.

Anchondo: Gracias.

Don Servando: El representante en este país de la Asamblea Mundial de los Derechos Civiles está llevando a cabo una serie de entrevistas con familiares de las víctimas de la violencia que los delincuentes han venido desatando en los últimos tiempos. Como le dije, quieren asegurarse que hemos obrado con responsabilidad ante todos estos casos.

Anchondo: ¿De verdad?

Don Servando: Anchondo, yo sería incapaz de mentirle en cuestiones tan delicadas. Usted me conoce bien. El asunto es que si su situación laboral actual se prolonga por más tiempo aquí, es probable que el carácter retroactivo de las nuevas políticas contractuales y laborales lo alcance, y quede al margen de toda posibi-

lidad mía poder apoyarlo. Por otro lado, la necesidad de que usted exponga ante el comisionado de la asamblea mundial una versión… mmm, digamos, abreviada, pero no por ello falsa, de las situaciones relacionadas con el desafortunado caso de su hijo… eso podría ayudarnos a que nos desembaracemos rápidamente del compromiso con la delegación de la Asamblea y podamos enfilar todos nuestros esfuerzos en apoyar a quienes, como usted, merecen realmente el incentivo de su jubilación… ¿Me explico?

Anchondo: (*Con evidente azoro*). Mi dignidad ya no puede ser menospreciada más…

Intenta sublevarse ante Don Servando, pero éste lo contiene de inmediato.

Don Servando: ¡Pero por supuesto! Claro que también es asunto de dignidad, tranquilícese, por favor; así lo veo yo también. Pienso en eso al tener en cuenta cuánto necesitan usted y su pobre mujer la certeza de una vida tranquila…

Anchondo: Estoy abrumado.

Don Servando: Lo entiendo. La complejidad de esta cuestión no es para menos. ¿Sabía usted que ha llegado a convertirse en uno de los asuntos imprescindibles de El Honorable Departamento de Seguridad Nacional?

Anchondo: (*Aterrado*). ¿Cómo? ¿Có... cómo dice?

Don Servando: Precisamente los señores han venido aquí para hablar de lo complicado y delicado de tal acontecimiento.

Al decir esto Don Servando Fierro, salen de la oscuridad, donde estaban embozados sin ser vistos, dos personajes más; son el Licenciado Bernardo Müller y el Capitán García Leyva, quien carga un portafolios. Ambos se acercan a Anchondo.

Anchondo: (*Sorprendido*). ¡Señores!

Don Servando: Ellos decidieron hablar personalmente con usted una vez que yo le pusiera al tanto de la situación. Supongo que los reconoce, Anchondo, que los recuerda. El señor Bernardo Müller, encargado de Atención Especial en la Secretaría General de Asuntos de Seguridad Nacional.

Anchondo: Sí... Sí, por supuesto.

Don Servando: Y el capitán García Leyva, comandante en jefe de zona, de la Policía de Seguridad Nacional.

Anchondo: (*Con acritud*). Lo sé.

Lic. Müller: Hemos preparado unas palabras para usted.

Anchondo: Unas palabras...

Lic. Müller: Un discurso, una argumentación…

Anchondo: Para mí...

Lic. Müller: Creo que ya lo explicó correctamente el licenciado Fierro. Todos deseamos que esto ya no le afecte más a usted.

En otra área del escenario que se ilumina, aparece Julián. Ojos vendados y manos atadas. Sentado en una silla, sus pies están también unidos por una cinta que rodea sus tobillos. Se le ve muy mal. El Capitán García Leyva, quitándose el saco y recogiendo las mangas de su camisa, se dirige a hacia él abando-

nando el área donde están los otros personajes y dejando allí el portafolios que carga consigo. Cada vez que el Capitán García Leyva camina en círculos alrededor de Julián, a quien dirige sus palabras, éste, a su vez, se contorsionará de dolor y hablará entre gritos y gemidos.
El área donde están reunidos Anchondo, Don Servando Fierro y el Licenciado Bernardo Müller se oscurece.

Julián: (*Balbuceando de dolor*). No vivirá el verdugo más que el justo…

Capitán García: Aquí guardo tus gritos, aquí entierro tus consignas.

Julián: No van a arrebatarnos el mañana…

Capitán García: ¡Aquí no hay más mañana que el que podrán ver los ojos de los que sí podemos salir del sótano!

Julián: Las calles nos pertenecen, la ciudad es nuestra, la vida, esta vida nos pertenece, la vida es…

Capitán García: ¡Aquí le perteneces a mis manos! A mis palabras, a mis decisiones…

Julián: La vida es ahora y es mañana…

Capitán García: ¡Aquí tu vida está en mis manos! Tu sangre está en mis manos…

Julián: En sus manos, está en sus manos, en sus conciencias, en sus actos, en sus palabras… Todo en ustedes escurre sangre, mi sangre, la sangre de todos…

Capitán García: Es tu silencio lo que vamos arrancarte después de arrancarte la ropa y la cara y todo lo

que sea necesario arrancar de ti. Y vamos a usar tu silencio para exhibirlo como ejemplo de lo que todos deben hacer: Callar.

Julián: Arráncame los ojos, corta mis brazos, mis piernas, extírpame la vida con el filo de tu saña… No vivirá el verdugo más que el justo, no, no vivirá…

Capitán García: Quédate aquí, así tranquilo, domesticado, quédate en estas manos, en tu baño de sangre. Yo sólo soy el verdugo. Serán los buitres los que te van a devorar cuando yo acabe aquí… Una parvada de ellos vendrá por ti, por tus restos…

Julián: Mírame, madre… Mírame, padre… Flores, flores blancas… Un vuelo más, la vida… La vida por venir… Duele, duele, mamá; duele mucho. Quiero tu regazo, quiero tu calor… no este calor de la sangre que me cubre, sino el tuyo, tu calor, madre, tu regazo, madre, tu regazo… tu… (*Exhala*).

El Capitán García Leyva se encuentra terriblemente agitado. Se arregla las mangas de la camisa, se vuelve a poner el saco y extrae de él un teléfono móvil. Hace una llamada.

Capitán García: Listo. Necesitamos que pasen por los últimos… Así es, lo mismo, donde mismo… Eso ustedes lo deciden. Yo no necesito saberlo… (*Breve pausa*) Ajá. Sí, así es… 15 minutos… De acuerdo.

El Capitán García Leyva termina la llamada, guarda el teléfono y se dirige al área donde están Anchondo, Don Servando Fierro y el Licenciado Müller, la cual vuelve a iluminarse en lo que el área de Julián se oscurece de nuevo.

Lic. Müller: (*A Anchondo*). Y por lo tanto, señor, es importante dejar muy claro que no es posible asegurar que el Cartel de *Los Buitres* es el responsable de lo que pasó con el grupo de muchachos en el cual lamentablemente se encontraba su hijo. ¿Lo entiende?

Anchondo: (*Impotente, frustrado*). No hace falta revivir tanto dolor.

Lic. Müller: (*A Anchondo*). No es esa la intención, créame. Pero es necesario asegurarnos de que nos entendemos, es crucial. ¿Estamos de acuerdo?

Anchondo: (*Amargo*). Nos entendemos… *Los buitres* convirtieron en despojos a mi hijo...

Lic. Müller: (*A Anchondo*). Muy bien, gracias por su colaboración. Sabremos apreciarla.

Anchondo: (*Aparte, por lo bajo*). No, no han sido *Los buitres*... Fue alguien más… El dios terrenal de la locura, el dios terrenal que todo lo controla, que todo lo vigila.

Lic. Müller: (*A Anchondo*). ¿Cómo dice?

Don Servando: (*A Anchondo*). Anchondo, es necesario que usted entienda…

El Licenciado Bernardo Müller, enérgico, hace una seña y Don Servando Fierro se interrumpe.

Lic. Müller: (*A Anchondo*). ¿Cómo dijo, Anchondo?
Anchondo: Que estoy de acuerdo, señor.

El Licenciado Bernardo Müller hace una seña y el Capitán García Leyva extrae del portafolios unas hojas y un bolígrafo que le entrega al Licenciado Bernardo Müller, quien, a su vez le extiende estas cosas a Anchondo.

Lic. Müller: Ahora debe constar aquí, por escrito, donde su firma sella este acuerdo entre nosotros. No, no hace falta que lo lea, Anchondo, de verdad, ¿para qué cansarse con ello? Estamos entre caballeros, ¿no es así? Nosotros confiamos en usted; como ve, estamos en sus manos; usted, por tanto, puede corresponder confiando en nosotros.

Dudando, muy lentamente y con un esfuerzo muy visible, con un temblor casi incontrolable y a punto del llanto, Anchondo firma. El Licenciado Bernardo Müller recibe los documentos y el bolígrafo, revisa cuidadosamente los papeles, luego los pasa al Capitán García Leyva, quien los guarda de nuevo en el portafolios.

Lic. Müller: En verdad estamos muy agradecidos con usted, Anchondo. (*Dirigiéndose al Capitán García Leyva y a Don Servando Fierro*). ¿No es así señores?
Don Servando: (*Mientras el Capitán García Leyva asiente ante la pregunta del Licenciado Bernardo*

Müller). Definitivamente, sí; muy agradecidos.

Anchondo: Sí, lo sé.

Lic. Müller: Como le ha explicado antes el señor Fierro, usted será protegido por su institución, no será desamparado ante las nuevas modificaciones laborales. Finalmente, usted merece pasar sus últimos años en paz.

Anchondo: (*Para sí mismo, amargo*). La conciencia no es un fuego pequeño que se apague con un débil soplo de fingida indiferencia...

Don Servando: En definitiva, así es, usted nos ha ayudado mucho y nosotros cumpliremos con lo acordado.

Anchondo: (*Para sí mismo, amargo*). Y arde, arde hasta calcinarnos en llamas de remordimientos...

Lic. Müller: De hecho, si hay otra cosa que podamos hacer por usted…

Anchondo: (*Transición, con premura*). Sí, sí lo hay…

Todos se miran con extrañeza, asombrados.

Don Servando: (*Por lo bajo, tratando de dirigirse sólo a Anchondo*). Anchondo, por favor. El licenciado Müller sólo estaba siendo amable, era sólo una expresión de cortesía…

Lic. Müller: Don Servando, déjelo hablar, por favor, está bien. ¿De qué se trata, Anchondo? Díganos…

Anchondo: (*Primero titubeando, sin poder explicarse con fluidez, pero luego, en el transcurso de su explicación, poco a poco se va reponiendo y adquiere cierta seguridad, sin dejar de*

sentirse un poco cohibido). Tengo un cargo de conciencia. Desde hace días los episodios de… de *ausencia de lucidez* de Aída, mi mujer, han pasado por ciertos cambios, por ciertos momentos muy incómodos... No sé cómo explicarlo bien.

Lic. Müller: ¿Requiere usted apoyo para un mejor servicio médico?

Anchondo: No, bueno, no sé, no estoy seguro.

Lic. Müller: Puede contar con él si así lo desea, de inmediato.

Don Servando: Por supuesto.

Anchondo: No. No creo que eso sea lo que requiere, lo que necesito… Hace unos días, semanas, meses… No tengo noción clara del tiempo que ha pasado, ella ha comenzado a… A alucinar.

Lic. Müller: Ya veo.

Anchondo: Hay algo, o alguien que nos acecha, nos vigila, nos atormenta.

Todos se inquietan.

Lic. Müller: ¿Alguien? ¿Quién? ¿Es la policía…?

Anchondo: Llegó de pronto, se instaló en el jardín.

Lic. Müller: No entiendo, ¿de quién se trata?

Anchondo: En un principio, ella estuvo muy inquieta con esa presencia, yo procuré no darle mayor importancia; pero de pronto, algo cambió; ella se tranquilizó a un punto en el cual yo he llegado a preocuparme mucho, porque veo en ella una paz perturbadora, una paz que, conforme crece y se asienta en ella,

hace crecer en mí una inquietud… de conciencia.

Don Servando: ¡Por favor, Anchondo! Lo apoyaremos con el servicio que usted requiera, atención médica para su mujer. ¿Se trata de alguien a quien correr de su casa? Enviaremos una unidad, una patrulla…

Anchondo: (*Interrumpiéndolo, con la mirada extraviada*). Es una paloma.

Don Servando: ¿Cómo dice?

Lic. Müller: ¿Una paloma? ¿Un ave?

Don Servando: Anchondo, por favor. No sea impertinente. No puede quitarle el tiempo así a los señores, ni a mí; hágame el favor…

El Licenciado Bernardo Müller hace un gesto e interrumpe a Don Servando Fierro.

Anchondo: (*Extraviado*). Es una paloma, es blanca. Aletea, nos mira fijamente, nos mira en silencio. Se posó en un árbol, pero no se va de ahí, sólo aletea y se queda ahí. Nos mira, la mira a ella, a Aída, y Aída le habla, habla con ella, con la paloma, y mientras lo hace se vuelve una criatura apacible, una mujer que ha cambiado su dolor por una paz que me perturba…

Don Servando: Licenciado Müller, si me lo permite, eso se arregla con un exterminador...

El Licenciado Müller interrumpe de nuevo a Don Servando con un gesto enérgico.

Anchondo: (*En un delirio contenido*). Hay una tranquilidad que crece en ella… Mientras crece en mí un remordimiento… Algo, algo extraño… Un dolor, un dolor de mucho tiempo atrás, dormido, que nace aquí, en este costado, y crece y se extiende por todo el cuerpo, un dolor con voz propia, con una voz que puedo reconocer...

Lic. Müller: Un asunto de conciencia, ya veo. De verdad es algo para tomarse en cuenta. Pero claro que podemos ayudarle.

Anchondo lo observa atento.

Lic. Müller: ¿Ha leído usted metafísica cristiana en alguna ocasión, Anchondo?

Anchondo: No... No que yo recuerde.

Lic. Müller: Verá; uno de los postulados de esta bella corriente del pensamiento y espiritualidad humanos, nos dice que no estamos autorizados para privar de la vida a ningún ser vivo, por muy repugnante y molesto que llegue a parecernos. Sin embargo, existen algunas ocasiones en que ciertos seres inferiores a nuestra condición humana reinciden en cierto tipo de conducta… Mmm, fastidiosa, pero lo hacen con tal insistencia, que no están haciendo otra cosa que pedir su aniquilación, nuestra ayuda para dejar este mundo al cual se sienten indignos de pertenecer. Entonces, es nuestro deber cristiano ayu-

darles a alcanzar ese fin que anhelan. ¿Me explico, señor Anchondo?

Breve pausa;Anchondo los observa con extrañeza, muy desconcertado

Don Servando: Yo creo que no estaría de más ser más explícito con el señor Anchondo, licenciado Müller.

Lic. Müller: Sí. Lo entiendo. Procuraré ser muy claro.

El Licenciado Bernardo Müller hace una seña al Capitán García Leyva y éste se le acerca. El Licenciado Müller le pide al Capitán el portafolios, de él extrae papeles, busca entre ellos y después unos instantes, se decide por unos. Los enrolla en forma cilíndrica. Luego deambula un momento por la oficina de Don Servando y abre una ventana. Todos observan atentos y a la expectativa.

Lic. Müller: Ahora esperemos sólo un momento, por favor. Por suerte es verano y ha estado lloviendo ocasionalmente.

Después de unos instantes, todos atienden al Licenciado Müller, quien hace un gesto y mueve la cabeza de un lado a otro, siguiendo algo con la mirada.

Lic. Müller: Justo a tiempo. Justo aquí. Por favor, señores, no se muevan, no respiren.

Todos, desconcertados, a la expectativa, obedecen. El Licenciado Müller se posiciona detrás de la silla

giratoria del Don Servando, que no está siendo ocupada por nadie. Con precaución, a cierta distancia de ella y comienza a hablar en voz baja.

Lic. Müller: Hermana mosca, yo te invito a que desalojes este recinto, en el que tu presencia resulta molesta.

Silencio. Todos permanecen inmutables, desconcertados.

Lic. Müller: Hermana mosca, por segunda ocasión y por la gracia de Dios y de Jesucristo, yo te invito a que reflexiones sobre tu situación y te alejes de este recinto al que no perteneces.

Silencio. Los cuatro personajes continúan inmóviles, absortos ante el espectáculo, con la vista fija en el respaldo de la silla.

Lic. Müller: Por tercera y última ocasión, hermana mosca, yo te convido a que te alejes de aquí.

Ante la supuesta falta de respuesta por parte del insecto, el Licenciado Müller, presto y con destreza, asesta un certero golpe sobre el respaldo de la silla. Anchondo y Don Servando hacen una pequeña exclamación de asombro al unísono que apenas pueden contener.

Lic. Müller: Todo es así de simple, señores.

El Capitán García Leyva se apresura a limpiar con un pañuelo el lugar donde la mosca fue muerta.

Don Servando: Una lección que verdaderamente ilustra.

Lic. Müller: Lo importante es que el señor Anchondo haya entendido qué es lo que tiene que hacer para resolver su situación.

Anchondo: ¿Yo...?

Lic. Müller: Así es… Usted. *(Dirigiéndose al Capitán García Leyva)* Capitán García. Un favor.

El Capitán García Leyva se cuadra ante el Licenciado Müller.

Lic Müller: Facilítele una pistola al señor Anchondo.

Todos lo miran con asombro.

Lic. Müller: (*Al Capitán García Leyva*). Insisto, por favor.

En un azoro mayor, todos están en silencio. Don Servando Fierro intenta decir algo, pero una mirada del Licenciado Bernardo Müller se lo impide. El Capitán García Leyva obedece, casi inexpresivo y ofrece el arma al Licenciado Müller.

Lic. Müller: A mí no, al señor Anchondo, por favor.

El Capitán García Leyva obedece y, lentamente, le ofrece el arma a Anchondo, quien se queda inmóvil, en el colmo del asombro.

Lic. Müller: (*A Anchondo*). ¿Qué espera para tomarla?

Don Servando: (*A Anchondo*). Con mucho cuidado, por favor.

Lic. Müller: Piense en su tranquilidad de conciencia. Después de todo, está a un paso de retirarse, de pasar todo el día en su casa, todos

los días que le quedan. (*Anchondo toma el arma con recelo y temor)*. Haga lo que tenga que hacer.

Anchondo: (*Observando el arma con cierto nerviosismo que poco a poco empieza contener*). Sí, señor.

Anchondo se aleja de la oficina de Don Servando Fierro. Los tres personajes que le acompañaban desaparecen al tiempo que se oscurece el área donde se encontraban. En tanto que, en otro extremo del escenario, se ilumina la habitación de Anchondo y Aída, ahí se encuentra ella, absorta, con la vista perdida en el vacío. Anchondo llega al lado de su mujer, se detiene frente a la ventana y apunta con el arma hacia el jardín.

Aída: (*Percatándose, de pronto de la presencia de Anchondo*). ¿Qué haces, Anchondo?

Anchondo: Cometió un error, un gravísimo error. Sólo eso.

Aída: ¿De qué hablas?

Anchondo: Le prefería cuando te asustaba, ¿lo recuerdas? Entonces le temías, y por las noches, al dormir, sollozabas angustiada, entre sueños. Pero luego comenzaste, no sé cómo, ni por qué, a encariñarte con ella, a dejar de hablar dormida… Fue entonces cuando me asusté.

Aída: ¿Y qué vamos a hacer?

Anchondo: (*Viendo a través de la ventana*). Tiene que irse.

Aída: ¿Y si no se va?

Anchondo: (*Sube el volumen de la voz*). ¡Tiene que irse!

Aída: (*Insistente*). ¿Y si no se va?

Anchondo: ¡Tiene que irse!

Aída: (*Más insistente*). ¿Y si no se va?

Anchondo: (*Haciendo esfuerzo por contenerse*). ¡Tiene que irse, por el amor de Dios!

Aída: ¡No! (*Contenida*). No quiero que lo haga, no otra vez. No sería justo.

Anchondo baja el arma y se acomoda junto a Aída. Apenas puede contenerse.

Anchondo: Tiene que irse.

Aída: ¿Qué piensas hacer?

Anchondo: Tiene que irse de aquí.

Aída: ¿Es inútil que te ruegue que no lo hagas?

Anchondo: Es inútil.

Anchondo levanta la pistola, apuntando hacia el jardín a través de la ventana.
En otro extremo del escenario aparece Julián con los ojos vendados y las manos atadas a la espalda.

Julián: La memoria será el nicho que nos salve, incluso, de la muerte.

Anchondo dispara. Julián se contorsiona y cae. Aída lleva las manos a su boca ahogando un grito y se derrumba gimiendo, presa de espasmos.

Aída: ¿Dónde? ¿Dónde estás, Julián? ¿Dónde tu voz? ¿Dónde tus ojos, tu mirada? ¿Dónde

tus brazos? ¿Dónde tu fuerza, tu delicadeza? ¿Dónde terminan las huellas de tus pasos? ¿Dónde se escucha ahora el eco de tus consignas? ¿Dónde estás, Julián? ¿Dónde están tus esperanzas? ¿Dónde esperaré tu regreso, Julián? ¿Julián? ¿Julián? ¿Julián…?

Anchondo: (*Cerrando los postigos de la ventana*). Creo que es hora de dormir.

Aída: ¿Dónde están tus labios, Julián? Háblame… ¿Dónde están tus brazos? Abrázame… ¿Dónde tus ojos? Mírame. Quiero besar tus párpados para que duermas… ¿Dónde has quedado tú? Ahora somos fragmentos, los restos de lo que alguna vez fuimos.

Anchondo: (*Levantándola*). Vamos, debemos dormir.

Aída: ¿Podremos dormir?

Anchondo: Yo no.

Aída: ¿Y yo?

Anchondo: Averigüémoslo mediante la inducción.

Oscuro breve.

Aída: ¿Amanece?

Anchondo: Amanece.

Aída: ¿Otra vez?

Anchondo: Otra vez.

Aída: ¡Qué Dios nos ampare!

Anchondo: Quizá cuando se acuerde.

Aída: Has pasado la noche en vela.

Anchondo: Tú también.

Aída: ¿Ya qué más da? ¿Qué nos queda?

Anchondo: Muchas noches para seguir velando.

Aída: ¿Cuántas?

Anchondo: Las que sean. ¿Qué más da?

Oscuro final

Fin de *Se equivocó la paloma*.

A la memoria del Maestro Enrique Macín.

Para Elia Osuna.

Paseo Bolívar 401

Pieza teatral en un acto.

Personajes:

Él

Ella[1*]

El escritor

La mujer

La amiga

1 * A veces a dos voces, al navegar en conversaciones a través de Messenger, la de la amiga, "Ileana la Maga" y la de un amigo, "José Luis".

La soledad es la ecuación de la vida moderna.

Fito Páez-Joaquín Sabina

ESCENA I

Él y Ella, en la oficina. Tarde.
Año 2006, marzo.

Él: Intento concentrarme. Saber si podré, al menos hoy, dedicarme a mí. Quisiera caminar por las calles del centro. El atardecer de estos días me gusta.

Ella: Pensé que hoy también te quedarías conmigo hasta tarde.

Él: Hace mucho tiempo que no me tomo un café aquí en el Paseo Bolívar.

Ella: Pronóstico para hoy: posiblemente llueva.

Él: La esperanza es lo último que muere.

Ella: Predicción de su futuro; una mirada al mañana. Isabela de los Ángeles, la profeta en línea…

Él: ¡Por favor…! Padezco el mal de Sísifo, ¿qué predicción puede salvarme de ello?

Ella: ¡Escoja su destino para esta Semana Santa! Las mejores ofertas, los lugares más asombrosos…

Él: ¿Es-co-ja su des-ti-no…? ¡Ah, bárbaros! ¿Qué? ¿Ya venden oráculos a modo? Vaya una época distinta… Sófocles pediría que llovieran tortugas si viviera en estos días…

Ella: El candidato de la unidad, por un país unido.

Él: O el pleonasmo es el camino del éxito en la política de ahora o hasta la clase política se ha rendido cínicamente a la condición cíclica de la existencia…

Ella: No hay un camino a la felicidad; la felicidad es el camino...

Él: ¿De verdad? ¿Hay gente que cobra por hacer esas notas y estos editoriales o ya vienen incluidos en el software de cada ordenador?

Ella: La nueva cámara digital es una herramienta útil.

Él: Aquí tampoco publicaron nada; ni siquiera lo del concierto de este jueves.

Ella: ¡Britney Spears está embarazada de nuevo! Espera que se trate de una niña.

Él: Tanta información relevante de nuestra cultura me va a provocar una indigestión intelectual.

Ella: Para relajarse, no hay nada mejor que el cine. ¡Estos son los estrenos!

Él: ¿Quién dice que la democracia en México no es real? No me van a decir que estas secciones de cultura no las elaboran pensando en el pueblo.

Ella: También la Aristocracia sufre de estreñimiento.

Él: No entiendo por qué esperan que el mundo sea un lugar mejor, si hablar hasta de la mierda que no quiere salir les resulta interesante.

Ella: Los tres candidatos con más posibilidades de ganar las elecciones presidenciales han

hecho de las campañas un concurso de ofertas.

Él: Nunca antes la pobreza fue tan buen negocio.

Ella: ¿Tienes problemas con tu correo electrónico?

Él: A nivel casi existencial.

Ella: Esta página no está disponible.

Él: Ojalá pudieran entender que no depende de mí. Si pagáramos a los medios, ellos publicarían lo que fuera.

Ella: Error… Error… Error…

Él: ¿Qué quieren? ¿Qué esperaban por una llamada de agradecimiento al mes?

Ella: El amor es lo que mueve al mundo.

Él: Después de saberlo puedo morir en paz.

Ella: Bienvenido a tu sección de Arte y Cultura Local.

Él: Y aquí, ¿ya sabrán que Mozart era un artista?

Ella: El estrés agobia a los famosos.

Él: ¡Vaya! He vivido en el error. Lo que yo padezco ha de ser *pecata minuta*. Quizá soy hipocondríaco.

Ella: El último concierto por la paz en el Medio Oriente terminó con saldo rojo entre los asistentes.

Él: Por lo menos alguien conserva su sentido del humor.

Ella: La televisión mexicana está de luto.

Él: ¿Qué? ¿Murió la estulticia?

Ella: ¡Todo listo para el nuevo *Reality Show*!

Él: No. Fue una falsa alarma.

Ella: ¡Lo último de Hollywood!

Él: ¡La dignidad! (*Pausa breve*). ¿Dónde estará lo que estoy buscando?

Ella: ¿Tienes clara tu meta en la vida?

Pausa.

Él: ¿Quién está obligado a ello?

Ella: La magia de Disney subirá a escena en esta ciudad.

Él: He ahí la razón del excelso nivel cultural de nuestro público local.

Ella: Sección en desarrollo. No hay acceso.

Él: ¡Exacto! ¡Ésa es la perfecta definición de nuestro culto público!

Ella: No hay acceso. Dirección no encontrada. ¿Desea volver a la página anterior?

Él: Volver, regresar, retornar, buscar, no hallar, fracasar, insistir, no encontrar, volver, no hallar, olvidar, recordar, buscar, encontrar, desechar, regresar, abrir, cerrar, abrir, buscar, fracasar… Volver, fracasar, no hallar, volver a buscar, esperar, desesperar, volver a buscar, volver a fracasar…

Ella: Presione énter…

Él: ¿Cuándo me van a dar algo que hable de mí, de lo que me interesa, de lo que estoy buscando?

Ella: Presione énter.

Él: ¿Y luego, qué sigue? ¿Otra primicia mundial?

Ella: Presione énter.

Él: Ante tal insistencia…

Ella: Muere el escritor Franco Marín, emérito maestro de nuestra Alma Mater, autor de varias obras de teatro y de una novela histórica, fallece hoy por la madrugada, a causa de un paro respiratorio.

Él y Ella: (*Al unísono. Él con azoro*). El escritor y maestro Franco Marín, guía de algunas generaciones de escritores que pasaron por las aulas de la Universidad Autónoma del estado, falleció, después de varios meses de convalecencia, a causa de una afección respiratoria.

ESCENA II

El escritor y Él. En el Restaurant-Bar.
Año 2005, febrero.

El escritor: No, no, no. Yo sé lo que le digo, de verdad. El teatro aquí se encuentra en una situación lamentable. Aquí en esta ciudad, en este estado… En fin... Vea usted, lo último que fui a ver, y sólo porque conozco al autor y al director, los dos fueron mis alumnos, fue una nueva versión de *La vida es sueño*. Una copia burda, descarada y mal escrita. Todo lo que hacían los actores era ir y venir de un lado a otro del escenario, sin lógica alguna;

monótono hasta el hartazgo. Y, para colmo, de buenas a primeras, zas… así, yo creo que por capricho del director o del autor, vaya usted a saber, la muchachita que hacía el papel protagónico, se desnudó, mientras le gritaba leperada y media al que la pretendía. Yo no entiendo a quién se le ocurre pensar que el público sólo quiere ver encueradas, para eso está la televisión. ¿Quiere otra cuba?

Él: No, no. Muchas gracias.

El escritor: De veras. Tómese otra, con confianza.

Él: Gracias. ¿De verdad cree que podamos conseguir el apoyo para llevar el montaje a tres ciudades en un solo mes?

El escritor: Usted déjelo de mi cuenta. He hablado con gente de diferentes universidades, personas que conozco muy bien y que me conocen bien a mí. Mi teatro les gusta mucho, ellos me lo han dicho. Ya han montado algunas de mis obras y publicado otras. Les he hablado mucho de esta. No quiero que la lean, quiero que primero la vean montada. Yo sé que les va a impactar. Y sé a quiénes va a incomodar mucho. Prepárese, Cardona; porque si después de ver la puesta en escena quieren quemar el teatro y linchar a los responsables, que lo linchen a usted, yo voy a huir por la puerta de emergencia (*Ríe*). Que se desquiten con el director a falta del autor.

Él: Y la reacción local, ¿no le genera expectativas?

El escritor: Muchas. Sobre todo de gente de la misma universidad, incluso de la Facultad. Usted me conoce, Cardona; bien sabe que no me gusta dejar títeres con cabeza. Si las cosas están mal hay que señalarlo, hay que decirlo con los puntos sobre las íes; para eso es el teatro. Ya verá cómo este proyecto nos va a catapultar a los dos.

Él: Usted ya no lo necesita, maestro.

El escritor: Usted, como es director, gusta más de mi teatro. Yo lo sé. Sin embargo, yo creo que es mi novela la que me va a abrir más puertas. No apuesto por la eternidad, ya se lo he dicho, Cardona; pero quisiera dejar huella en este mundo.

Él: Yo diría que ya la ha dejado.

El escritor: Aunque, como dicen mis personajes, quizá no sirve de nada. Si después de la vida no hay nada más, ¿qué caso tiene soñar con ser recordado?

Breve pausa.

El escritor: Bueno, Cardona; por el teatro y por nuestro éxito: Salud.

Él: Salud.

El escritor: ¿Y cómo va brindar con los hielos del vaso? Ya le dije que pidiera otra cuba. ¿Dónde está el mesero?

ESCENA III

Él y La mujer. La casa, de noche.
Año 2006, marzo.

Él: Qué oscura está la casa.
La mujer: ¿Cómo te fue?
Él: Bien. Bien. Gracias.
La mujer: Esperaba que llegaras temprano.

Silencio.

La mujer: Del trabajo. Esperaba que hoy llegaras más temprano del trabajo.
Él: Ah, sí. Sí, claro. A veces hasta yo me doy tiempo de tener ilusiones.
La mujer: ¿Todo bien?
Él: Sí. Todo bien.
La mujer: Yo también tuve un buen día, gracias por preguntar.
Él: Acostumbrémonos a ahorrar desde el lenguaje hasta el dinero. Al paso que vamos va a ser la opción más viable.
La mujer: (*Acariciándole el cabello, con dulzura*). Eres un pesado.
Él: ¿Dónde está mi hijo?
La mujer: Con mi suegra.
Él: Tengo mucho tiempo sin verlo.
La mujer: Ayer dormiste con él.
Él: Dormir con alguien no siempre significa estar a su lado.
La mujer: ¡Ahora entiendo muchas cosas!

Él: Siento que está creciendo a la deriva de mí.

La mujer: Mañana no tiene clases.

Él: Me admira nuestro sistema educativo, desde el primer grado los preparan para el desempleo camuflado de ocio.

La mujer: Creo que las maestras van a tomar un curso.

Él: Al menos ellas no se podrán quejar del incumplimiento de sus mentores.

La mujer: Él está feliz. Será un día de asueto.

Él: Luego crecerá, tendrá que trabajar y esa palabra le resultará una mera abstracción: Asueto… a-sue-to…

La mujer: No le cambies de canal. Yo estaba viendo ese programa.

Él: Cuando conjugas los verbos en pasado terminas justificando mis actos en presente.

La mujer: Estoy viendo ese canal.

Él: Ahora ya no.

La mujer: Tú eres como el FBI., todo lo que digo es usado en mi contra.

Él: Las palabras nos traicionan a todos.

ESCENA IV

Él y El escritor. El auto de El escritor.
Año 2005, abril.

El escritor: El lenguaje, Cardona, el lenguaje, las palabras... El teatro debe apostarle a recuperar el lenguaje, revalorarlo desde la dramaturgia. Se puede ser duro y cruel sin ser soez. San-

deces y palabras burdas ya las dice todo el mundo. Todos las utilizan; en la televisión, los niños en la escuela… sólo faltan los sacerdotes y los guías espirituales al oficiar misa. A nadie impacta eso hoy en día; de esa manera no le estamos apostando al futuro del teatro. Dígame, ¿qué va a pasar el día de mañana, dentro de uno o dos o tres siglos que alguien estudie nuestra historia, nuestro arte, nuestras obras literarias? ¿Con qué se van a encontrar? ¿Con legajos de hojas plagados de acotaciones ociosas y "malas palabras" plasmadas en el papel para impresionar a una sociedad que se divierte viendo en televisión a un grupo de adultos mediocres compartir su intimidad, verlos bañarse, comer, dormir, efectuar las pláticas más absurdas y banales, verlos fornicar? Dígame, Cardona, ¿quién se va a asombrar, después de eso, con una obra en la que se repiten los mismos modelos?

Él: ¿Cuándo estará completamente listo el texto, maestro?

El escritor: A más tardar el último día de este mes. Tengo que entregar el informe final al Consejo Universitario antes del día diez del mes siguiente. Esos imbéciles, seguramente ni se van a molestar en abrir el texto para leerlo. Bien puedo entregarles un conjunto de hojas en blanco y decir que así cumplí con mi año sabático sin tener problema alguno con ellos.

Él: Quiero comenzar el análisis de la obra para ir decidiendo la forma de abordarla en escena. Tengo que definir la propuesta…

El escritor: Yo he estado pensando que una propuesta minimalista sería lo más adecuado. El mismo texto se presta para ello.

Él: ¿Estamos hablando de estrenar en septiembre?

El escritor: Así es. A más tardar octubre.

Él: Deberíamos ir pensando en el reparto, aunque sea uno tentativo.

El escritor: De eso quiero hablarle. ¿Conoce a Virginia Aceves?

Él: No... No me suena el nombre.

El escritor: Es una exalumna mía. Estuvo hace algunos años en la Facultad… ¿Trae puesto el cinturón? Estos oficiales son unos rateros. Resulta más cara una multa por no utilizar el cinturón de seguridad que tener que pagar por arrollar a un cristiano.

ESCENA V

Él y Ella a dos voces; la primera voz, José Luis y la segunda voz, La amiga (Ileana la Maga), en el Cibercafé. Año 2006, abril.

Él: A veces me siento como si me hubieran arrollado.

Ella: (*Primera voz*). Son los años. Con la edad todo pesa.

Él: No entiendo tu definición de consuelo, es demasiado abstracta para mí.

Ella: (*Primera voz*). ¡Uuuy! ¡Qué poca autoestima, amigo mío!

Él: Se llama conciencia de la realidad.

Ella: (*Primera voz*). En mi casa le dicen de otro modo.

Él: Sí, los eufemismos también enriquecen el lenguaje.

Ella: (*Primera voz*). Usted ha de saber más de eso que yo.

Él: ¿Por qué lo dices?

Ella: (*Primera voz*). ¿Eso es lo único que espera de sus amigos, señor?

Él: A estas alturas…

Ella: (*Primera voz*). El consuelo debería ser la última opción.

Él: Este no es un país de primeras opciones.

Ella: (*Primera voz*). Bueno, no vivimos en el primer mundo…

Él: Gracias a Dios. Él siempre está del lado de los que gobiernan.

Ella: (*Primera voz*). ¡Mírelo! No le digo. Le hace daño trabajar tanto.

Él: De los que gobiernan aquí y del lado norte de la frontera.

Ella: (*Primera voz*). ¿No tiene miedo de irse al infierno cuando muera?

Él: Lo del trabajo es cierto. Los políticos gozan de una salud envidiable.

Ella: (*Primera voz*). Mírelo, señor; ¿no le digo? Entonces debería considerar cambiar de profesión.

Él: No me queda estómago para tanto…

Ella: (*Primera voz. Transición*). ¿Y la familia? ¿Cómo está? ¿Cómo están todos?

Él: …Aunque ahora estoy adquiriendo una condición adecuada para ese campo, pero me falta mucho para jugar en las ligas mayores… (*Transición*). Todos bien. El crío, creciendo y la pobre de Azucena, soportándome.

Ella: (*Primera voz*). ¡Dios la haga una santa!

Él: Las santificaciones son asunto de la burocracia eclesiástica; dios es un ser muy ocupado. Dudo que le quede tiempo libre entre la cruzada contra Irak y el apoyo a la derecha en el mundo.

Ella: (*Primera voz*). ¿Y cómo sabe por quién toma partido dios en estos casos?

Él: Entre la obviedad y la intuición…

Ella: (*Primera voz*). …

Él: (Transición). ¿Resolviste lo de la renta?

Ella: (*Primera voz*). ¿De cuál mes?

Él: Del que sea. Da lo mismo, ¿no?

Ella: (*Primera voz*). Ando en eso. Tengo que resolverlo en esta semana.

Él: Vaya problema…

Ella: (*Primera voz*). ¿Por qué? Tómese las cosas con calma.

Él: Sí, en algún momento lo haré. El sepulcro ha de ser un lugar apacible.

Ella: (*Primera voz*). Mírelo… Debería aprovechar que está en Internet y buscar una tienda de armas de fuego en línea. A lo mejor resuelve sus problemas.

Él: ¡Hijo de la era moderna! ¡Me conmueve tu fe en la tecnología y los medios electrónicos!

Ella: (*Primera voz*). En realidad tengo fe en muchas cosas.

Él: Eres un anacronismo viviente.

Ella: (*Segunda voz*). Ileana La Maga se integra a la conversación.

Ella: (*Primera voz*). ¿Usted cree?

Ella: (*Segunda voz*). Hola. ¿Cómo están?

Él: Hola. Bienvenida.

Ella: (*Primera voz*). Aquí. Soportando a Cardona.

Él: Vivos.

Ella: (*Segunda voz*). Tienes vocación de mártir, José Luis.

Él: Es todo un santo.

Ella: (*Primera voz*). Exageran… Pero algo hay de eso.

Él: Su modestia lo confirma.

Ella: (*Segunda voz*). ¿Van a ir al concierto?

Él: No creo…

Ella: (*Primera voz*). ¿Al de Serrat? Probablemente.

Él: Si queda algo después de pagar la renta, ¿no?

Ella: (*Primera voz*). No necesariamente.

Ella: (*Segunda voz*). ¿Pues quién es el de la deuda?

Él: José Luis es el de la deuda.

Ella: (*Primera voz*). Lo que pasa es que Cardona es muy solidario, por eso siempre toma partido.

Él: Yo soy el de "las deudas", en plural.

Ella: (*Segunda voz*). Bueno, el apoyo moral puede ser un buen consuelo.

Él: Ja, ja, ja, ja. La vida es cíclica.

Ella: (*Primera voz*). ¿Tú también, Ileana? ¿Cómo?

Él: Volvemos al punto de partida.

Ella: (*Segunda voz*).- Yo también, ¿qué?

Él: *Deja vu*.

Ella: (*Segunda voz*).- ¿Por qué el "ja, ja, ja, ja"? Cuando lo leo tecleado no acierto a saber qué tan sincera es esa "risa".

Él: Lo dicho. Este no es un país de primeras opciones… Ja, ja, ja, ja.

ESCENA VI

Él y El escritor. El cubículo de El escritor. Año 2005, mayo.

El escritor: De verdad, Cardona; el país va de mal en peor. Ya lo platicábamos el otro día. Nadie hace honor de manera tan contundente e impúdica a la estulticia y a la estupidez como nuestros gobernantes.

Él: La clase política mexicana es un fiasco.

El escritor: ¿Y el pueblo? No en vano dicen que cada país tiene los gobernantes que se merece.

Él: Y a los que aspiran. Montesquieu hablaba de los excesos de la democracia…

El escritor: ¡Nooo, Cardona! ¡Cómo es usted fino! Citar a Montesquieu para explicar el nivel inte-

lectual de nuestro culto pueblo es demasiado.

Ambos ríen.

El escritor: Mejor dígalo con todas sus letras… Me duele decirlo, pero lo que expongo en mi novela cada vez se antoja más como algo inevitable. Un país fragmentado, dividido, al borde de un colapso. Por eso quiero presentar mi obra justamente en este momento. Tenga; es usted el primero que tendrá el honor de leerla ya completa.

Él: Pues, aunque lo diga en broma, sí es un honor.

El escritor: Todavía voy a hacer algunos cambios; pocos y pequeños, pero importantes. Correcciones de estilo, principalmente.

Él: Pero en términos generales el texto ya está, ¿verdad?

El escritor: Ya. La escena de la que tanto le hablé, la que sucede en el confesionario, es una escena básica, muy importante. Ya lo leerá usted y lo comentaremos. Quiero hacer que la gente se incomode con la obra. De sólo imaginarme la reacción del público… hay que prepararnos, Cardona. Probablemente y hasta nos corran del estado. Yo voy a señalarlo a usted como el principal responsable, eh. Que conste. (*Ríe*) ¡Al director! ¡Al director! ¡Él es principal responsable! ¡Yo sólo la escribí, pero él insistió en llevarla a escena! ¡Él es el culpable! ¡Él!

ESCENA VII

Él y La amiga. En el parque.
Año 2006, octubre.

Él: No puedo evitar sentirme mal… Culpable.

La amiga: ¿Culpable? ¿Por qué? ¿De qué?

Él: No. No es esa la palabra que quería utilizar.

La amiga: Marín siempre se preguntó qué había pasado.

Él: La última vez que hablé con él fue en la Facultad, ahí mismo, en su cubículo. Estaba de muy buen humor. Sí, se quejaba de muchas cosas, como siempre. Del país, de la política, de la universidad, de las nuevas generaciones de estudiantes. Pero… ¡En fin! (*Pausa*) No imaginé que estuviera tan enfermo. Ni siquiera me pareció enfermo.

La amiga: A casi nadie se lo dijo.

Él: Tú lo sabías… ¿No?

La amiga: No por él. Nunca me dijo nada; pero lo conocía.

Él: Más que por cualquier otra cosa, ésa era la razón principal de su prisa por llevar a escena su último texto. Lo entendí el día que leí la noticia.

La amiga: Él estaba muy desconcertado. Me preguntaba si sabía de ti, qué había pasado contigo. Fue a buscarte hasta tu casa. Fue varias veces. Nadie le abrió. Nunca encontró a nadie.

Él: ¿Cuándo fue eso?

La amiga: No sé. Allá por el mes de agosto. Creo. Antes de que yo me fuera por segunda vez a España.

Él: (*Exhalando*). ¡Ay, Ileana! El trabajo me fue absorbiendo. Dejé pasar el tiempo. Después, un día cualquiera, me entero que la obra de Marín se iba a estrenar, dirigida por Leonora Moncayo.

La amiga: Fue un rotundo fracaso. El poco público que asistió a la única función que hubo era gente de la universidad, además de los parientes de los actores. La obra mal actuada, pésimamente dirigida… Un horrible trabajo, grotesco. Yo no sé quién le dijo a esa tipa que era directora de teatro.

Él: En esta ciudad la prosapia pesa.

La amiga: Y la ignorancia también.

Él: ¿Cuándo te vas?

La amiga: Mañana, muy temprano.

Él: Me gustaría conocer España.

La amiga: En realidad sólo estaré en Madrid de paso. Voy a Italia por unos meses y después a Francia.

Él: Me da gusto saber que todavía conservas tu beca.

La amiga: No regreso a estudiar. Voy a trabajar un tiempo en una universidad de una provincia francesa.

Él: Debimos habernos reunido hoy con José Luis para hacerte una despedida como se debe.

La amiga: Ayer lo vi.

Él: ¿Cómo está?

La amiga: Bien. Como siempre, haciendo malabares con el dinero que tiene y con el dinero que debe, pero bien. (*Breve pausa*) ¿Y tú?

Silencio.

La amiga: ¿Arreglaste lo del empleo?

Él: Sí. Ayer volví firmar contrato, por tres meses. Mañana comienzo… de nuevo.

La amiga: Enhorabuena.

Él: Gracias.

La amiga: Siempre sí continúas en la universidad.

Él: Nuestra *Alma Máter* no puede dejar desamparados a sus hijos cuando no saben caminar por su cuenta.

La amiga: Quizá sea tu oportunidad para hacerte cargo de la compañía de teatro. Le harías un merecido homenaje a Marín, no sé, se podría…

Él: Leonora Moncayo pesa mucho todavía.

Silencio.

Él: Trabajar en el área de extensión y promoción cultural tiene sus ventajas. El edificio está aquí mismo, en el Paseo Bolívar.

La amiga: Eso está bien.

Él: Sí. Ha de tener sus privilegios no estar en el campus. Por lo menos tendré una hermosa vista desde la oficina.

La amiga: Extraño mucho estos atardeceres cuando no estoy aquí. Ningún cielo como el del desierto.

ÉL: A falta de mar…

LA AMIGA: Deberías volver a escribir, aunque sea como una terapia relajante.

ÉL: Lo haré nuevamente, en un futuro cercano; la promoción de los eventos culturales universitarios aún no puede hacerse por telepatía; hay que redactar boletines, por ejemplo...

LA AMIGA: Ya es tarde. Mañana voy a madrugar.

ÉL: Que tengas buen viaje.

LA AMIGA: No dejes que lo de Marín te afecte más. Cuídate.

ESCENA VIII

Él, solo.

ÉL: No. No sigo escribiendo. Aquí hay cosas que ya no tienen sentido. Los atardeceres del otoño en el desierto son hermosos… pero inasibles. Alguien estampó la vida en rojo en este cielo y yo ya no la observo. Me he cansado de ver la intensidad desde este páramo inútil, desde este rincón de piedras donde contemplo el fuego lejano, mientras muero ardiendo en un frío que me aterra, que odio… que detesto. No. Las palabras, mis palabras, ya no dan para más. El lenguaje, mi lenguaje, es amorfo, extraño, a nadie le importan ya las palabras… Caen, caen, caen. Las dejo derrumbarse, abatirse. Una a

una se me desgranan del lenguaje, son chispas incipientes… No arden, no prenden… No consigo hacerlas prender… No quiero que ardan… Se apagan, solas se extinguen, las dejo morir, como yo me extingo, como yo me desvanezco con cada golpe de tecla, con cada sonido agudo… Lastimero eco del cerebro electrónico que cabe en una mano; parlante inerte, pero activo; piedra que se ilumina de señales. Caleidoscopio de imágenes que se ahogan en su propia multitud. Aluvión de ecos sordos, sórdidos. Nadie me oye, nadie me ve… a nadie oigo… a nadie veo… a nadie… a nadie… a nadie… Palabras como silencios, silencios como ruidos, ruidos como voces, voces como ausencias… Nadie me oye, nadie me ve… a nadie oigo… a nadie veo… a nadie… a nadie… a nadie…

ESCENA IX

Él y La mujer. La casa, de noche.
Año 2006, marzo.

La mujer: ¿Por qué dijiste eso?
Él: ¿Qué cosa?
La mujer: Lo de las palabras.

Breve pausa.

La mujer: Sí. "Las palabras nos traicionan a todos". Eso fue lo que dijiste.

Él: ¿Las pa-la-bras nos traicionan…?

Ella: …A todos; así es…

Él: …

Ella: "Las palabras…"

Él: Ah… Ayer... ¿Eso fue ayer...?

La mujer: Me sugerías que callara... ¿Es eso?

Él: ¿Es la crisis de paranoia de las 21:30 horas?

La mujer: No. Es la pregunta que debí hacerte ayer.

Él: No pensé que *La Inmortalidad* te resultara tan aburrida. Kundera es un excelente autor.

La mujer: No dejé de leer por falta de interés. Sólo que de pronto recordé lo que habías dicho.

Él: Lo que dije hace un día.

La mujer: Sí. Lo que dijiste hace un día. Lo recordé por algo que acabo de leer justo aquí…

Él: Ya olvidé por qué lo dije.

La mujer: Por alguna razón, seguramente.

Él: Seguramente.

La mujer: Una razón que no quieres compartir.

Él: O que olvidé.

La mujer: No sé qué es peor. Que devores por la noche todo lo que no pudiste comer por la tarde o que, como hoy, te acuestes sin cenar.

Él: No me siento bien.

La mujer: ¿Por qué no me lo dijiste?

Él: Ya lo sabías.

La mujer: De todos modos, debiste decírmelo.

Él: La obviedad es de mal gusto.

La mujer: A veces olvidas ese punto.

Pausa.

La mujer: ¿Cómo va lo del concierto de la orquesta sinfónica?

Él: Mal.

La mujer: ¿Por qué?

Él: Ningún periódico, ni de los impresos, ni de los electrónicos han publicado algo; o por lo menos algo que valga la pena.

La mujer: ¡Qué exigente!

Él: Sólo sigo órdenes.

La mujer: Pero todavía faltan unos días.

Él: Es este jueves.

La mujer: Todavía queda tiempo.

Él: Yo envié a tiempo los boletines. Estoy cumpliendo con lo que me toca.

La mujer: Estate tranquilo entonces.

Él: ¿Quieres ir? (*Pausa*) Al concierto.

La mujer: ¿Qué van a tocar?

Él: El Réquiem.

La mujer: ¿De Mozart?

Él: Sí… El Réquiem de Mozart… (*Transición repentina. Muy serio*). Una misa… de difuntos… Una misa de difuntos…

La mujer: Me gustaría. Ojalá no tenga que quedarme ese día hasta tarde en el trabajo...

Él: (*Casi simultáneamente a ella. De manera mecánica y visiblemente afectado*). Una misa de difuntos, de difuntos…

La mujer: ¿Qué tienes? No hagas tanto ruido. El niño está dormido.

Él: Sólo me visto.

La mujer: ¿Adónde vas? ¿Qué te pasa?

Él: Acabo de recordar algo.

La mujer: ¿Qué?
Él: Tengo que salir.
La mujer: ¿Adónde?
Él: Voy a la funeraria.
La mujer: ¿Por qué…? ¿Quién se murió?

Silencio. Breve pausa. Él se derrumba llorando en el regazo de ella.

ESCENA X

La amiga y El escritor en el restaurante. Año 2005, julio.

La amiga: Unos llorones, eso es lo que son; plañideros que por cualquier cosa, al menor de los motivos, revientan en un descarado circo de lágrimas. Quejumbrosos incorregibles, y manipuladores, muy manipuladores.
El escritor: Juraría que me está usted describiendo a los actores.
La amiga: Pues viera, usted, licenciado, que a su manera les encanta también el drama.
El escritor: Lo que pasa con usted es que es demasiado intolerante (*ríe*). ¿Así quién la va a aguantar? Yo, porque soy magnánimo…
La amiga: Mire, nada más. ¡Ahora resulta! Si el único intolerante aquí es usted. ¿Quiere que le recuerde lo que le dijo a la pobre de Sandra Ortega el día del examen oral sobre la generación del 98?

El escritor: (*Riendo*). Esa mujer no tiene remedio y saca a cualquiera de sus casillas, lo sabe muy bien.

La amiga: ¡Ay, sí!

El escritor: Lo que sucede es que usted la defiende porque le gusta llevarme la contra. Mire nada más; le recomendé el espagueti de la casa y usted optó por la paella. Desde que fue admitida en la Madre Patria como estudiante ha cambiado hasta sus gustos por la comida (*ríe*).

La amiga: La envidia lo corroe, no le conocía ese lado, licenciado.

El escritor: ¿Qué le voy a envidiar? ¿No se acaba usted de quejar de sus compañeros de clase? Plañideros, los llamó hace un momento.

La amiga: Sólo de los hombres; las mujeres, como en todas partes, nos cocemos aparte.

El escritor: (*Riendo fuerte*). Pero tan, tan aparte que seguramente no tienen ni la menor idea de lo que significa llorar (*vuelve a reír fuerte*).

La amiga: Pues si nos ponemos a medir y comparar vamos a tener que reescribir la historia y los estereotipos.

El escritor: Claro, porque nos hemos quedado cortos en decir la verdad sobre ustedes, ja, ja, ja, ja… La hemos "poetizado" para que se sientan sólo aludidas, jamás retratadas tal cual son, ja, ja, ja…

La amiga: La única cortedad que hacen evidente los de su género, licenciado, es la del razonamiento, y ésa ni "poetizándose" se puede ocultar (*ríe*).

El escritor: ¿Sabe qué es lo peor de todo?

La amiga: ¿Que tengo la razón?

El escritor: ¡Jamás! Que cuando pesque marido gachupín, porque de seguro a eso ha ido a España, ni siquiera va a ser posible tener de nuevo esta plática, porque no le van a quedar palabras (*ríe*), se las habrá comido todas para entonces (*ríe fuerte*).

La amiga: Entonces, mejor brindemos por las palabras que usted se comerá y que yo escribiré… ¡Salud!

El escritor: ¡Salud! Porque no me la sigan consintiendo tanto allá en Madrid.

La amiga: ¡Porque encuentre quien le crea sus historias!

El escritor: Porque sus estudios de maestría le ayuden a diferenciar entre una novela corta y un cuento largo.

La amiga: ¡Salud!

El escritor: ¡Salud!

La amiga: ¡Porque un solo año esta vez sí fue suficiente para que pudiera terminar de escribir una obra de teatro de dos actos en 80 cuartillas!

El escritor: 82, 82 cuartillas.

La amiga: ¡Salud!

El escritor: ¡Porque no se deje seducir tan fácil por los cortejos decadentes de la prosapia española! ¡Salud!

La amiga: ¡Salud! ¡Porque la tierra de Cervantes en un futuro será llamada la tierra de María de Zayas!

El escritor estalla en una sonora carcajada con la que contagia a La amiga.

El escritor: (*Con un tondo deliberadamente impostado y emulando el acento español*). /Amar el día, aborrecer el día,/llamar la noche y despreciarla luego,/temer el fuego y acercarse al fuego,/tener a un tiempo pena y alegría.

La amiga: /Estar juntos valor y cobardía,/el desprecio cruel y el blando ruego,/tener valiente entendimiento ciego,/atada la razón, libre osadía.

El escritor: Buscar lugar en que aliviar los males.

La amiga: Y no querer del mal hacer mudanza.

El escritor: Desear sin saber qué se desea.

La amiga y El escritor:
(*Al unísono*). /Tener el gusto y el disgusto iguales,/y todo el bien librado en la esperanza,/si aquesto no es amor, no sé qué sea./

El escritor: ¡Salud!

La amiga: ¡Salud! ¡Porque nos queden más comidas y más peleas!

El escritor: Por su éxito, Ileana.

La amiga: Por el suyo, maestro; por el del estreno de su nueva obra de 82 cuartillas.

Breve pausa. Transición.

El escritor: ¿Ya no supo nada de Cardona, Ileana?

La amiga: Sólo lo que le he comentado.

El escritor: Se lo tragó la tierra.

La amiga: O el trabajo. Siempre dice que está saturado y estresado.

El escritor: Plañideros y quejumbrosos…

Breve pausa.

El escritor: Me desconcierta… Mucho... No responde, no se reporta. Sabe lo mucho que me importa este montaje. Este es justo el momento para presentar esta obra… Sabe que lo aprecio, que lo considero, que esta es una oportunidad para él, para los dos…

La amiga: …

El escritor: Ni modo, él se lo pierde. El interés tiene pies… Ya hablé con Leonora Moncayo.

La amiga: ¿Leonora Moncayo?

El escritor: No voy a morirme sin estrenar la obra en un escenario, y ella está dispuesta e interesada.

La amiga: Pero, Leonora…

El escritor: La publicación está casi autorizada. En unos meses tendré el dictamen y el texto se irá a la imprenta. El teatro no es sólo para leerse en libros, usted lo sabe. Y si Cardona no aparece, no voy a esperar que la tierra lo escupa. Quizá tiene ocupaciones que son más importantes para él.

Ambos beben en silencio. Oscuro lento.

ESCENA XI

Él y Ella, en la oficina. Luego La amiga,
en una pensión de Madrid.
En algún momento del año 2006.

Él: Estimada María Elena, buenas tardes. Espero te encuentres muy bien. Disculpa la molestia, te escribo para consultarte respecto a la información que les hicimos llegar, como lo acordamos, la semana anterior, con respecto al concierto de la orquesta sinfónica de la universidad que se realizará este jueves próximo, el homenaje a Vivaldi. He visto que aún no han tenido oportunidad de publicar algo sobre dicho recital y me pongo a sus órdenes por si necesitan más información o cualquier otra cosa que pueda servirles para enriquecer la nota del evento mencionado…

Ella: Tienes un mensaje nuevo en tu bandeja de entrada, de Ileana La Maga: "Saludos desde el viejo mundo".

Él lee en silencio en el ordenador.

Ella: "Hola, Héctor. ¿Cómo has estado? Espero que te encuentres muy bien. La última vez que nos vimos, al despedimos, me pareció advertir que no sólo estabas triste, sino, si me lo permites, derrotado. De verdad espero y deseo que te encuentres mejor…"

Breve pausa

Ella: (*Continuando con lo anterior, pero ahora con la voz de La amiga*). …Llegué a Madrid el domingo por la mañana. Hacía un clima

agradable, pero, a decir verdad, aún me sentía muy triste, por lo de Marín, obviamente. El color de este cielo, que siempre me ha parecido pobre comparado con el de nuestra tierra, el de "nuestro desierto", como tú la llamas, estaba pintado con un toque extraño, melancólico. Sé muy bien que esa percepción es aportación mía, por mi estado de ánimo; sin embargo tuve, por un momento, la sensación de que la tristeza había hermanado, a través de la melancolía de la que te hablo, este cielo con el nuestro. Era como si esta ciudad me recibiera rindiéndole un homenaje, a través de cierto dejo de nostalgia, al cielo de la nuestra...

La amiga: (*Continuando con lo anterior*). Entendí que la belleza que existe en ciertas sensaciones o en ciertos estados anímicos, como lo son estos, puede llegar a ser al mismo tiempo la más profunda y la más misteriosa; dejarte embargar por ella, inevitablemente, es arrojarte también a un foso anegado de tristeza, de nostalgia. Estas emociones no sólo no han desaparecido en estos días, sino que, casualmente, se hicieron más sentidas. Hoy no me cabe la menor duda de que entre las formas del misterio que existen en la belleza de la melancolía, hay una que desconcierta y que doblega de manera irremediable, me refiero a la de las casualidades… Y es que, accidentalmente, buscando en mi correo electrónico un mensaje de la universidad a

la que debo reportarme en próximas fechas, me encontré un viejo mensaje de Marín; olvidé que lo tenía y, peor aún, olvidé responderle…

Él: ¿Será posible…?

La amiga: …Lo postergué y jamás le contesté; se trata de una verdadera epístola donde me confesaba que, a raíz de un sueño que tuvo, había ido creciendo en él un temor que pasó de ser una simple ocurrencia a convertirse en un verdadero desconcierto… "Un fastidio", por usar sus palabras. Sus palabras, en las cuales, dado lo bien que nos conocíamos, para mí era fácil saber cuándo hablaba en serio y cuándo bromeaba. Cualquiera que no lo conociera bien, si leyera esos mensajes, esas cartas, podría pensar que se extenuaba en reprenderme e insultarme, cuando en realidad, su cariño y su carácter bromista se desbordaban tanto como su necedad, su desfachatada y característica necedad de la que siempre estuvo tan orgulloso…

ESCENA XII

El escritor, de noche. En su cubículo. Luego
La amiga, en una pensión de Madrid.
Año 2005, diciembre, El escritor.
En algún momento del año 2006, La amiga.

El escritor: Mi estimada Ileana, aún sigo pensando que es usted una cínica, una desvergonzada;

mire que presentar como trabajo final del Seminario de novela breve un cuento largo, definitivamente usted no tiene perdón de los dioses. Justo acabo de volver a reacomodar el engargolado de su novela, perdón, su cuento largo, en el librero de mi cubículo. Sí, pasan de las siete de la tarde y sigo en mi cubículo. Concluye un semestre más, y estoy aquí, revisando los últimos trabajos de los estudiantes del noveno semestre… Un verdadero fastidio, de verdad. Es tarde, pero hoy no tengo muchos incentivos para salir de la Facultad y manejar hasta la casa. Y no es sólo el hecho de que me interese terminar por completo aquí la revisión de trabajos y no llevarme a casa estos pendientes, no. Voy a sincerarme con usted, Ileana, aunque es muy seguro que me arrepentiré de ello, pues sabe muy bien cuánto coincido con la opinión de mi admirado Schopenhauer sobre la especie a la que usted pertenece; sin embargo, aún me queda algo de energía que puedo, magnánimamente, emplear en hacerle esa confesión de la que hablo.

Junto con el cansancio que sufre mi vista a esta hora del día, me ha sobrevenido la necesidad de hacer una pausa obligatoria en los trabajos que me tienen ocupado en este momento. A la par de este paréntesis que hago, entre la revisión de un ensayo y otro –si es que a lo que esta generación escribe se le puede llamar "ensayos"–, me doy cuenta que la tregua no es sólo por el

trabajo; repentinamente me ha sobrecogido una sensación que abruma. Es como si todo, todo, no sólo mi trabajo aquí en la universidad, sino de verdad TODO, me anunciara la necesidad de una tregua definitiva; un alto que no sólo es ineludible, sino, hasta cierto punto, necesario, muy necesario.

La amiga: Lo más extraño era que, pese a todo, él no solía ser una persona que le prestara atención a los sueños, más allá de tenerlos en cuenta y usarlos como un mero recurso literario de sus textos, pero no era algo a lo que le diera importancia en su propia vida, en sus actos cotidianos.

El escritor: Hace un par de noches tuve un sueño que no he podido olvidar. En él estaba yo en medio de una plaza; a lo lejos veía un camino empedrado bordeado por árboles, eran acacias, creo; bajo ellas la oscuridad se hacía más densa; aun así, me sentía impelido a caminar hacia allá, a recorrer ese tramo que se veía interminable. La tranquilidad que sentí al dirigirme a aquella zona contrastó terriblemente con la inquietud que tuve al despertarme y recordar ese sueño. Ahora que el cansancio de estos días se me ha cargado con fuerza, creo que me queda claro lo que eso significa. Siento que he trabajado mucho y que todo pierde, por momentos, sentido.

La amiga: Además, sus palabras esta vez estaban un tanto alejadas de su característico tono de

hombre orgulloso y de su carácter bromista. Ambas cosas se diluían en algo que, aun ahora que vuelvo a leer la carta, no acierto a definir si es tristeza, resignación o una especie de angustia, pero no una angustia exclusivamente existencial, sino también una angustia con un fuerte dejo de melancolía.

El escritor: Sabrá dios si habrá servido de algo todo lo que he hecho. Si las horas acumuladas en las aulas hablando del Renacimiento, de Boccaccio, de Dante, de Petrarca –¿qué sé yo?–, fueron o no, la mayoría de las veces, solamente flores arrojadas a un corral porcino, semillas depositadas entre las dunas. Conste que no lo digo por usted, lo sabe. Usted, como muchos de los de su generación, se cuecen aparte, no tengo que extenderme sobre eso, ¿para qué darle motivos de ser vanidosa si ya con ser cínica es suficiente?

La amiga: Claro, a ratos volvía a bromear, pero la tendencia principal de su carta era otra, la que ya te describí.

El escritor: Siempre he sostenido que la evidencia más grande del alma humana no está en los misterios que dicen encubrir los rezos; no está en las beaterías, ni en los templos. Mucho menos está en la sangre, ni en las vísceras. Podrán abrirnos en canal al morir y al no hallar tal cosa, tienen todo para dar por desacertada su existencia. Sentencia final de la autopsia: “Murió de esto o aquello y entre

sus jugos gástricos, entre sus tejidos internos, en el cochino fondo de sus intestinos, hemos encontrado que el infeliz carecía de alma. Que la especie humana no tiene alma ni sentido alguno".

La amiga: Es extraño, lo que siento ahora a raíz de esas palabras; no me pasó al leer su mensaje por primera vez, aquella ocasión en que lo dejé olvidado en la bandeja de entrada para responderlo después. Fue posteriormente, hace unos días, cuando al reencontrar su carta y releerla que experimenté en mí ese cúmulo de sensaciones y de emociones que percibía en sus palabras; era como si al leerlo, lo escuchara.

El escritor: Caerá sobre nosotros, o al menos sobre los que estén aún en este mundo, una larga noche, un letargo tan extenso como inicuo.

La amiga: A veces "sonaba" fatalista.

El escritor: Y es que hemos dejado de leer para hablar, hemos dejado de leer para escuchar. Ahora cada uno es el nuevo depositario de su verdad absoluta, y con eso están todos satisfechos. Esperar que en cada palabra, en cada idea, y en cada libro alguien aspire a rozar siquiera el alma de otra persona, de otra época, es ya mucho pedir. Buscarlo, es decir, pretender que eso se logre, es ya un esfuerzo tan grande como inútil.

La amiga: Luego volvía sobre sus propios giros de humor…

El escritor: Hemos llegado a la generación de los *desalmados*. Como ese mecánico que me vio

la cara la última vez que llevé mi auto al taller o como el vecino que ha de creer que todos debemos enterarnos de sus gustos musicales a costa del dolor de oídos, el insomnio constante y la muerte del buen gusto; o como esos políticos que hablan de democracia y nos reducen las expectativas de vida proporcionalmente a la devaluación de cada fin de sexenio. Nuestros próximos profesionistas podrán escoger entre una y otra función, sin importar qué hayan "estudiado"; después de todo, están ampliamente capacitados para cualquiera de ellas. No tienen necesidad de la lectura, por lo tanto, carecen de alma, y no les importa; en su lugar tienen ácidos gástricos, sangre, epidermis y un estridente mal gusto.

La amiga: Algo anunciaba, algo presentía, algo me quiso decir…

El escritor: Creo que la mayor parte de mi vida labré en tierra fértil, pero la infertilidad con la que tuve que vérmelas los últimos años ha acabado por derrotarme. En una época de desalmados, lo que corresponde es no tener fe en nada, absolutamente en nada.

La amiga: Cuando lo releo y lo pienso, jamás lo había oído *hablar* antes así.

El escritor: Como un dolor inherente a nosotros, pero dormido casi todo el tiempo en lo más recóndito de uno, la desilusión está al acecho, en espera; luego se despierta y la sentimos llegar como el atisbo de los últimos golpes

de aliento, de las últimas caricias que el corazón da por dentro del pecho en forma de palpitaciones. Y crece, crece inmisericordemente. Nada hay, nada que lo detenga. Como esa felicidad, irrefrenable, de la infancia al saltar la tapia prohibida, o como el placer de vivir, en plena niñez, el contacto de la piel con el agua de las fuentes públicas en los domingos del verano más feroz; como esa sensación vital que nace en la entrepierna con los primeros saltos hormonales de la pubertad; así de imparable es también ese dolor que se revela y crece, trepa por todos lados, los ojos, el pensamiento, la memoria. Asciende y se instala como una declaración final y contundente. Hoy, como nunca antes, volver a casa en soledad no es algo que me resulte grato, ni siquiera indiferente. Y no me atrevo, tampoco, a decir, con todas sus letras, tal cual es, el porqué de ello.

La amiga: Algo anunciaba, algo presentía, algo me quiso decir y yo, no supe leerlo, no supe escucharlo… ¿O no quise?

El escritor: Pero usted y yo no coincidimos en varias cosas, Ileana. Tenemos nuestras divergencias, y temo que eso influya para que estas palabras mías no puedan ser correctamente interpretadas al leerlas.

La amiga: A diferencia de él, yo siempre he creído que la sangre es más importante que eso que llaman alma; corre hacia fuera para advertirnos del peligro ante el embate de cualquier filo. Es imposible ignorarla. Es valiosa y lo sabemos.

El escritor: Usted es más sanguínea que yo. Y más sanguinaria también. Aún recuerdo la impiedad con la que trató a ese pobre mequetrefe que vino a darnos una conferencia sobre *La Celestina* con una montaña de inexactitudes y una biblia de mentiras sobre Fernando de Rojas. Fue divertido ver los aprietos en que lo metió. Aún río mucho al recordarlo.

La amiga: Recordarlo así, a través de esa carta, de esas últimas palabras me ha afectado bastante.

El escritor: Ileana, considero necesario empezar a despedirme.

La amiga: Luego remataba con una despedida que no supe entender. En un principio creí que se refería a la carta, que era sólo el cierre de la carta.

El escritor: El cansancio pesa y mis ojos empiezan a ceder. La oscuridad de esta hora es un aviso.

La amiga: He vuelto a vivir su partida en las palabras de aquella despedida. Lo que ha pasado después quiero decírtelo también…

ESCENA XIII

Él y Ella. La oficina. Tarde.
En algún momento del año 2006.

Ella: Tienes un mensaje nuevo de *El Diario de la Ciudad* en tu bandeja de entrada. Respuesta: "Sobre la nota del concierto de orquesta universitaria".

Él: ¿En serio? ¿Hay alguien del otro lado del ordenador?

Ella: Apreciable licenciado Cardona, buenas tardes. Soy Camila Argudín, asistente de la licenciada María Elena Portillo, jefa de la sección "Escenario, Arte y Cultura". Me comunico con usted por indicaciones de la licenciada para informarle que, dado el retraso del envío del boletín no hemos podido incluir la información de su evento en la edición de esta semana.

Él: ¿Qué chingados...?

Ella: La licenciada me ha pedido, también, le recuerde la importancia de enviar a tiempo los boletines de las actividades para que nosotros podamos programarlos e incluirlos en nuestra sección.

Él: ¡No tienen madre, no tienen madre! En serio. ¡Con una chingada!

Ella: Además de que, me ha pedido también, le recuerde que hay un acuerdo entre ambas partes, *El Diario* y la universidad para llevar a cabo esta vinculación de manera más eficiente…

Él: ¡Son unos hijos de la chingada! ¡Unos verdaderos imbéciles! ¡Pinches inútiles! ¡Culeros! ¡Pendejos! ¡Pendeja, María Elena! Pero el que va a quedar como pendejo e inútil soy yo… ¡Nooo, ni crean! Tengo guardados todos los mensajes que les he enviado, TODOS. Aquí los tengo… Pero, mientras, si son peras o son manzanas, la nota ya no salió y el regaño es para mí, ¡Chingada madre! ¡Chingada madre! ¡Chingada madre! ¡Mierda, mierda, mierda! ¡Culeros...!

Ella: Esperamos puntualmente sus próximos boletines. Buenas tardes.

Él: Ah, no, eso no. No me la van a hacer... Aquí están, aquí los tengo… No me paso horas y horas más allá de mi horario en esta oficina, enviando, buscando, redactando, para que me digan que no estoy cumpliendo… Aquí, por aquí han de estar, chingado… ¿Qué creen? ¿Qué se creen? ¿Que esta es mi casa? ¿Que vivo en el Paseo Bolívar 401 del centro de la ciudad para atender sus mensajes a la hora que sea? ¿Que pueden ningunearme así…?

Ella: Mensaje del 5 de agosto. Asunto: Información sobre la exposición de fotografía canadiense.

Él: Se puede ser inútil hasta el hartazgo, pero tan pendejos ni dios los quiere…

Ella: Mensaje del 5 de agosto. Asunto: Conferencia de prensa sobre el recital de Aurora Tamayo.

Él: Se puede ser mezquino, pero no tanto, hijos de la chingada…

Ella: Mensaje del 5 de agosto. Asunto: Presentación del libro *Abrilia* de Lucía Mendoza.

Él: Se puede ser cínico y desobligado, pero no voy a dejar que sus pendejadas me lleven entre las patas, no soy su...

Ella: Mensaje del 5 de agosto. Asunto: Lectura en atril de *Los nuevos bizantinos*, de Enrique Macín.

Él: Maquetas, promociones, boletines, ruedas de prensa, organización de eventos, cober-

turas, cenas de gala con políticos que se sienten cultos por asistir a una presentación de un libro, y ahora resulta que soy yo quien omitió ese paso… Son unos imbéciles de mierda, eso es lo que son…

Ella: Mensaje del 5 de agosto. Asunto: Boletín sobre mesa panel "La cultura urbana y el grafiti".

Él: Tengo un jefe que no confía en mí, tengo un ordenador de medio uso que trabaja a la mitad de su rendimiento, tengo una oficina que se cierra sobre sí misma y se vuelve pesadilla y realidad al mismo tiempo, tengo una casa donde desayuno, me baño y duermo…

Ella: Mensaje del 5 de agosto. Asunto: Ciclo de cine sabatino: "Explorando a Ingmar Bergman".

Él: Tengo una casa donde tengo un hijo y una esposa, tengo un hijo donde tengo un recuerdo y él tiene mi ausencia; tengo una esposa que lee a Kundera y pregunta cosas que no puedo responder, que no quiero responder… ¿Qué más da?

Ella: Mensaje del 6 de agosto. Asunto: Modificación de fecha del homenaje a Juan José Arreola.

Él: Tengo un mensaje que no encuentro. Tengo un boletín que no hallo… ¿Dónde? ¿Dónde están? ¡Carajo!

Ella: Boletín del 6 de agosto. Asunto: Conferencia sobre el cambio climático y su impacto en las artes visuales.

Él: ¿Dónde? ¿Dónde? ¿Dónde…?

Ella: Mensaje del 6 de agosto. Asunto: Feria de la lectura infantil.

Él: Tengo que hallarlos, tengo que…

Ella: Mensaje del 6 de agosto. Asunto: Debate sobre las nuevas tendencias en el grabado de principios del siglo XXI.

Él: Tengo un jefe que no confía en mí, tengo una bandeja de salida saturada de mensajes enviados, notas, boletines… Tengo una vida tan vacía como cíclica, tan cíclica como vacía. Tengo una esposa y tengo un hijo que tienen una casa donde duermo, desayuno y tomo un baño diario…

Ella: Mensaje del 6 de agosto. Asunto: Día Internacional de los Museos. Visitas guiadas y dramatizaciones históricas.

Él: Tengo estrés y tengo un pasado donde tuve un sueño. Tengo un hueco que ocupaba un sueño que tuve en el pasado…

Ella: Mensaje del 6 de agosto. Asunto: La colección del retrato en óleo del siglo XIX.

Él: Tengo un hijo que a veces duerme conmigo, tengo una esposa que vive en una casa que tengo, que duerme en una cama que tengo en la casa que tengo, que me pregunta qué es lo que tengo cuando callo, cuando hablo, cuando pienso, cuando no pienso, cuando tengo lo que tengo y cuando tengo pensamientos que me recuerdan lo que tuve… Tengo, tengo… Tuve…

Ella: Mensaje del 6 de agosto. Asunto…

ESCENA XIV

Él y La mujer. La casa, de noche.
Año 2006, marzo.

La mujer: ¿Qué tienes? ¿Qué sucede? ¿Quién murió?

Él: Tengo un jefe que no confía en mí, tengo un ordenador de medio uso que trabaja a la mitad de su rendimiento, tengo una oficina que se cierra sobre sí misma y se vuelve pesadilla y realidad al mismo tiempo, tengo una casa donde desayuno, me baño y duermo…

La mujer: ¿Qué dices? No te entiendo nada, ¿de qué hablas?

Él: Tengo una casa donde tengo un hijo y una esposa, tengo un hijo donde tengo un recuerdo y él tiene mi ausencia; tengo una esposa que lee a Kundera y pregunta cosas que no puedo responder, que no quiero responder… ¿Qué más da?

La mujer: Héctor, me estás asustando… ¿Qué sucede? ¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras así…?

Él: Tengo un jefe que no confía en mí, tengo una bandeja de salida saturada de mensajes enviados, notas, boletines… Tengo una vida tan vacía como cíclica, tan cíclica como vacía. Tengo una esposa y tengo un hijo que tienen una casa donde yo duermo, donde yo desayuno y tomo un baño diario…

La mujer: ¿Qué dices, Héctor…? ¡No balbucees más! ¡Por favor…!

Él: Tengo un hijo que a veces duerme conmigo, tengo una esposa que vive en una casa que

tengo, que duerme en una cama que tengo en la casa que tengo, que me pregunta qué es lo que tengo cuando callo, cuando hablo, cuando pienso, cuando no pienso, cuando tengo lo que tengo y cuando tengo pensamientos que me recuerdan lo que tuve… Tengo, tengo… Tuve… Tuve… Tengo…

ESCENA XV

La mujer. La casa, de noche.

La mujer: Y yo callo mientras lloras, yo callo mientras estás y callo cuando no estás, mientras miras la nada y en la nada te conviertes, y en la nada me conviertes a mí también; Yo callo ahora, justo aquí, en el centro de esta cama, donde es también el centro del universo. Cada noche, aquí, vivimos el acontecimiento del vacío; cada noche, aquí, giran y giran, en el infinito paso del vacío, estrellas y asteroides; miradas como cometas, ráfagas de hielo, estelas de indiferencia que atraviesan la noche interminable, esa noche que emerge de tus ojos, que nace en tu sigilo de duelo y lejanía. Ausencias que germinan en cada acto, en cada silencio, en cada palabra, en cada sueño… Intervalos de insomnio abren de pronto la inquietud del sueño en que flotan nuestros cuerpos. Y los ojos se adentran en esta oscuridad en que pesa el vacío de tu presencia. Pero callo mientras lloras y

mientras callas y mientras hablas y mientras duermes el dolor del día, el hastío del tiempo, el fastidio del mundo que llamas oficina… Y lloras y callo… Y callo y lloras… Y me vuelves nada en la nada que tú eres, en la nada inmensa que cargas contigo, que nace de tu abulia… Y una ira callada, una rabia aletargada hormiguean estas manos que reprimen ese ardor y acarician tu cabello… Acarician para no matar, para no golpear, para no herirte, para no estrujarte, para no reclamarte a golpes esta ausencia tuya, voluntaria y cruel, absurda y sádica. Manos que acarician en lugar de golpearte, para hacer con el silencio que brota de mis labios una coreografía del mutismo, un retablo del "Yo me callo", del "Yo sólo he sabido ser la sombra, recipiente para tus exhalaciones y tu amargura, para tus complejos…". Y esas lágrimas, cómo quisiera que te ahogaras en tus lágrimas… Pero sé que volverás y callaré… Sé que estarás y callaré; sé que no estarás y callaré… Distorsión y *deja vu*… Callaré…

ESCENA XVI

Él y Ella. La oficina. Tarde.
Año 2006, noviembre.

Ella: Abriendo sesión.
Él: *Deja vu*.

Ella: Pensé que hoy también te quedarías conmigo hasta tarde.

Él: ¿Tengo otra opción? ¿Quién habrá sido el humorista que escribió ese saludo de bienvenida en este ordenador?

Ella: Hay archivos de imágenes pendientes para guardar en CD.

Él: Es mi Némesis.

Ella: ¿Desea instalar sus actualizaciones en línea?

Él: Debo empezar a creer en el destino. Al acostumbrarse debe resultar muy cómodo.

Ella: Hay un error en la secuencia. Revise su procedimiento o solicite ayuda del instalador.

Él: Algo muy malo debí haber hecho en otra vida. El karma es grave.

Ella: Abriendo sitio Microsoft Word… Buscando página…

Él: Espero que dios no sea un burócrata que trabaje con algo parecido a un ordenador armado en Taiwán. Sería la decepción más grande para mucha gente que conozco.

Ella: Tienes un mensaje nuevo.

Él: Y una vida de medio uso. Espero que se complementen bien.

Ella: Windows ha detectado un error y debe cerrarse. ¿Desea apagar la máquina o reiniciar?

Él: ¿Hasta cuándo?

Ella: ¿Desea apagar la máquina o reiniciar?

Él: ¿Hasta cuándo?

Ella: ¿Desea apagar la máquina o reiniciar?

Él: ¿Hasta cuándo?

Ella: Error… Error… Error... Error…

Él: Reiniciar… Retomar… Retornar… Volver… Ser… Estar… Estancar… Estancarse… Reiniciar…

Ella: Presione énter.

Él: Error.

Ella: Presione énter.

Él: Error.

Ella: Presione énter.

Él: Error… Error… Error… Error…

Ella: Presione énter.

Él: Error… Error… Error… Error…

Fin de *Paseo Bolívar 401*.

Índice

Se equivocó la paloma. –La vida por venir–
Acto primero 13
Acto segundo 35

Paseo Bolívar 401
Escena I 69
Escena II 73
Escena III 76
Escena IV 77
Escena V 79
Escena VI 83
Escena VII 85
Escena VIII 88
Escena IX 89
Escena X 92
Escena XI 96
Escena XII 99
Escena XIII 106
Escena XIV 111
Escena XV 112
Escena XVI 113

Esta edición digital
La vida por venir. Dos obras de teatro de
Víctor Manuel Córdova Pereyra
se publico en el segundo semestre de 2025